





CUENTOS  
DE  
SALON



R. S.





**HESPERIA**

LIBROS HISPANICOS

PLAZA LOS SITIOS. 10

ZARAGOZA

1093



EXPOSICIÓN DE SALÓN

A-1564

R  
61762

CUENTOS DE SALON

2  
Hess

CÁRLOS FRONTAURA

---

# EL HIJO DEL SACRISTAN

NOVELA DE COSTUMBRES

---

PRIMERA PARTE

---

MADRID

IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO

Calle del Cid, 4 (Recoletos)

1872

CARLOS FRONTAUZA

EL HIJO DEL ZAKISTAN

NOVELA DE COSTUMBRES



IMPRESA

### El buey de la tia Torda.

Un dia, hace ya tiempo, descarriló un tren que iba camino de Zaragoza, y el descarrilamiento causó no pocas desgracias, como acontece casi siempre. Hubo cabezas rotas, brazos partidos, piernas fracturadas, barrigas apretadas, narices aplastadas y ojos estrellados, muchas maldiciones de los viajeros que habian quedado ilesos, dirigidas á la empresa, y muchos ayes y lamentos de los que no habian tenido tan buena fortuna.

El descarrilamiento lo produjo un apreciable buey, inofensivo y hermoso animalito, vecino de una aldea inmediata al sitio de la catástrofe; el buey, no se sabe si por inadvertencia ó con deliberada intencion de suicidarse, porque no se le halló papel alguno, ni de

los honrosos antecedentes del animal se pudo deducir ningun indicio que diera luz sobre tan lamentable desgracia, se apartó del prado en que pastaba alegre, ó tristemente, porque nadie pudo dar noticia del humor de la bestia en el dia de su muerte, y se puso bonitamente á ver venir la locomotora, que le hizo añicos, ni más ni ménos que los jugadores se ponen á ver venir las cartas que les llevan los cuartos y les parten por el eje, —puesto que el eje de la máquina *hombre* en estos tiempos, y no sé si en los otros, es el dinero, vil metal insultado por todo el mundo, y por todo el mundo codiciado.

El caso fué que, al llegar la máquina, ó el buey la embistió ó ella embistió al buey, resultando de este choque que el animal fué lanzado á gran distancia, pero sobre la via, y que al llegar el tren al sitio donde yacia el bruto, las ruedas salieron de los rails, y allí fué la catástrofe.

Apeáronse los viajeros que pudieron apearse, sacaron de los coches á los impedidos, se dió aviso á los médicos, cirujanos y boticarios de los lugares más próximos, llegó el alcalde de aquella jurisdiccion, mientras llegaba el señor juez con acompañamiento de escribano, procurador y registrador de hipotecas; y un buen señor cura que iba en el tren, y por milagro de Dios quedó salvo, se dedicó á consolar á los heridos, ofreciendo á todos confesion. Y los empleados del ferro-carril iban y venian, y el maquinista, un inglés, pedia á gritos que le cortasen la pierna, abrasada enteramente, y el fogonero, como el

artillero al pié del cañon, yacia al lado de la locomotora, muerto en el ejercicio de sus funciones, muerto sin lanzar un ¡ay!... El infeliz iria acaso pensando en el porvenir de su hijo, en el amor de su mujer...

¡Desdichada suerte la de estos pobres, oscuros obreros que con tanto trabajo ganan el pan, y que tan poco disfrutan los placeres del hogar, esclavos de su deber!...

Siempre en el camino, de noche, de dia, para ellos no hay fiestas, no hay descanso, no hay casa, porque son contadas las horas que tienen libres, y éstas han de dedicarlas al sueño. Ellos son las primeras víctimas en todas las catástrofes, y al mismo tiempo que se encarece y lamenta la desgracia de los demas, con ellos se cumple consignando que *murió el fogonero*. Los fogoneros, los trabajadores ocupados en las minas, los herreros, los albañiles y otros mil y mil jornaleros empleados en penosísimos oficios, todos esos humildes auxiliares de la industria y de la ciencia, todos esos honrados obreros que tanto hacen en pró de la humanidad, que para nuestra seguridad, para nuestro bienestar, para nuestra comodidad trabajan sin descanso, con las mayores fatigas, y expuestos continuamente á perder la vida, son dignos de la mayor consideracion y el mayor respeto. Sin esos pobres trabajadores, ¿qué serian las artes? ¿qué seria la industria?... Su trabajo, que á ellos les da para vivir poco anchamente, representa muchísimos millones, y labra y acrecienta la fortuna de innumerables familias.

Libreme Dios de querer adular á los trabajadores, é inspirarles ciertas ideas que no sean las de humildad y amor al trabajo y á la pobreza digna y honrada; pero permítaseme decir que los gobiernos, las empresas industriales, los propietarios, los dueños de fábricas y talleres, harán una obra grandemente meritoria considerando, premiando, estimulando al trabajador honrado, evitándole en lo posible todo riesgo, y haciendo, en fin, de modo que acepte contento su destino, ame el trabajo, y no alimente quiméricos sueños irrealizables...

Despues de reconocidos los heridos, y miéntras se les aplicaban remedios y se les prodigaban consuelos, trasladando al pueblo inmediato los graves, y al cementerio el cuerpo del pobre fogonero, se empezó á preguntar por allí de quién seria aquel buey.

Todos los viajeros estaban indignados, todos querian que se pidiese estrecha responsabilidad al dueño del buey, que se le encarcelase, que se le formase causa, que se le obligase á pagar daños y perjuicios.

¡A cuántas consideraciones se presta esto de pagar daños y perjuicios! ¡Y luego hablarán mal del dinero los mismos que le dan un poder casi sobrehumano!...

¡Daños y perjuicios hay que no pueden pagarse con nada del mundo!

La sociedad queda satisfecha si se pagan con dinero, y en su limitada inteligencia los hombres no han hallado medio mejor de pagarlos. Luego creen

que el dinero todo lo cura, todo lo arregla, todo lo satisface, todo lo remedia.

Pero volvamos al buey, es decir, al buey no, porque al pobre animal, aplastado por la locomotora, poco le importaban ya las cosas de este mundo. Volvamos al sitio de la catástrofe, donde los viajeros hacian comentarios sobre la desgracia ocurrida y pedian se les entregase el dueño del buey.

Y en esto estaban, cuando apareció sobre un montecillo que dominaba el prado, una mujer, una pobre vieja, que al divisar el tren, bajó la cuesta apoyándose en un palo, y se fué acercando al lugar del siniestro.

Llegada allí, preguntó á un viajero qué habia ocurrido, y el viajero volvió la espalda sin contestarla, y entónces avanzó á donde estaban reunidos los demas, contemplando al buey: alguno de ellos diria para sus adentros lo que decia el doctor Pandolfo mirando la calavera de un burro, con perdon sea dicho.

La viejecita asomó la cabeza por entre dos viajeros, y lanzó un grito desgarrador.

Ya habia parecido la dueña del buey.

—¡María Santísima me valga! exclamó la vieja.

Y se arrojó sobre el buey, no convencida todavía de que el animal habia dejado de existir.

Y vean Vds. lo que son las cosas: los que poco ántes pedian la encarcelacion del dueño del buey, y le querian obligar á pagar daños y perjuicios, quedaron mudos, conmovidos ante el profundo dolor que demostraba la anciana.

—¿Es de V. el buey, buena mujer? le preguntó al fin un viajero.

—Sí, señor; mio era, el único que nos quedaba... Hace quince días que se murió el otro... y éste... como los dos se querían tanto... no había quien lo sujetara y en cuanto yo me descuidaba... por el prado adelante se venía á buscarle... Ya ve V., como que eran hermanos... Y ahora, en un momento que me he descuidado... cogiendo al otro lado unas malvas... ¡pobrecito!... ¡Válgame Nuestra Señora del Cármen!... Y no hace una hora que le daba yo de comer en mi mano... que el pobre parecía como que me entendía... ¡Ay de mí!... cuando lo sepa la hija, se va á morir de pena...

—¿Tiene V. una hija? preguntó una de las viajeras.

—Sí, señora, una nieta... que no ha conocido otra madre que yo... porque su madre... ¡ay! ¡Dios mio!... ¡Madre mía del Pilar!... ¿para qué estará una en el mundo?... Para pasar tantos trabajos...

Y á todo esto, la vieja no había cesado de llorar...

—¡Maldita *mocolotora!* ¡más desgracias ha causado que la peste!... El año pasado, aquí mismo, mató á un arriero; otro día á un niño, que el angelito de Dios se vino hasta aquí detras de una mariposa, y su madre se volvió loca... ¿Y qué va á ser ahora de nosotras?... Con el pobre Canelo nos arreglábamos la hija y yo para la labranza... él trabajaba lo que quería... y nosotras le ayudábamos lo que podíamos...

—¡Pobre mujer! exclamaron á un tiempo casi to-

dos los presentes, mientras la vieja, arròdillada delante del animal, le tocaba los ojos, las orejas, el pecho, le acariciaba, le llamaba gimiendo, como si no pudiera persuadirse de aquella gran desgracia.

Pero áun faltaba la segunda escena, áun faltaba que supiera tan sensible catástrofe la nieta de la anciana.

—¡Madre! ¡madre! gritaba desde el montecillo una niña como de catorce años.

Y como la madre no respondia, la niña, que viendo mucha gente reunida en la via, presumiria que allí estaba la pobre vieja, bajó corriendo del montecillo, atravesó el prado, ligera como una mariposa, mirando á uno y otro lado y buscando á su madre.

Por mucha gente que haya apiñada en derredor de cualquier cosa, buena ó mala, que excite la curiosidad, los niños tienen el privilegio de ponerse en primera fila, aunque hayan llegado los últimos. Se meten entre la gente, separan las piernas que les estorban, se arrastran, se encogen, se achican, se introducen, en fin, sin que haya por dónde entrar, y no cejan hasta que consiguen ponerse en sitio donde nadie les estorba, y pueden satisfacer completamente su infantil inocente curiosidad.

Y así lo hizo la niña, á quien llamaremos Andrea, y que era en verdad rubia como un oro y bella como un ángel.

Y apénas salió á primera fila, lanzó un grito horrible, y llorando sin consuelo, se arrojó tambien á abrazar y á besar al buey.

Debia ser aquel un benemérito animal, cuando tal interes manifestaban hácia él la abuela y la nieta, y tan profundo pesar les causaba su desastrosa muerte.

Y se adivinaba que no era que sintiesen la muerte del buey por verse privadas del producto de su trabajo, sino que la sentian porque el animal era para ellas más que un instrumento de labranza, más que un medio de trabajar con ménos fatiga, más que un buey cualquiera... porque era un compañero, un amigo, acaso una memoria querida, acaso un gran consuelo.

Allí donde se reunen muchas personas, lo mismo en circunstancias tristes que dichosas, lo mismo en una romería que en una ejecucion, lo mismo en torno de un pobre á quien le ha caido la lotería, que enfrente del cadáver de un hombre á quien momentos ántes se le ha visto sano y bueno y alegre, siempre hay algun gracioso, alguno que diga un chiste.

Entre los viajeros del tren descarrilado habia también su gracioso, que ya habia dicho un chiste á propósito de la pierna abrasada del maquinista, de la muerte del fogonero, y sobre todo, del buey atropellado por la locomotora.

Este gracioso, al ver los extremos de cariño que prodigaban al animal muerto la abuela y la nieta, exclamó:

—Pues, señor, parece que la vieja llora á su marido y la muchacha á su padre.

Y en esto, ya colocados los heridos graves donde

se pudo buenamente colocarlos, acomodados los leves en los wagones, y dispuesto todo para continuar el camino, se dispuso apartar de la via el cadáver del buey para que el tren pasase sin estorbo.

Y como un buey no es un perro que se le aparta de un puntapié, hubo necesidad de atar á los cuernos del animal una cuerda, y sacarle de la via tirando de ella tres ó cuatro hombres, porque el buey era un bruto muy rollizo, y que pesaria no pocas arrobas.

Y habian Vds. de ver cómo lloraban abuela y nieta viendo arrastrar á su querido Canelo. Cada tiron que daban aquellos hombres, le dolia seguramente en el corazon á la pobre niña, que se tapaba los ojos para no verlo.

Otro maquinista y otro fogonero ocuparon el lugar del herido y del muerto, y el tren continuó majestuosamente su camino.

Eran las tres de la tarde cuando, despues de cinco horas de detencion, partió el tren.

Y á las siete, cuando ya las sombras de la noche envolvian el prado y el monte, áun estaban allí el buey muerto y la abuela y la nieta, éstas llorando y en silencio.

Y allí debieron pasar la noche, porque en la aldea no se las vió hasta la mañana siguiente.

## II

## El tio Dedo.

Gran sensacion causó en la aldea la catástrofe de que fué víctima el apreciable Canelo, porque á la verdad tenia entre aquellas gentes muy buena reputacion de comedido, morigerado y buen mozo el buey de la tia Torda, y ésta era muy querida, y nadie la creia merecedora de tamaña desgracia.

Pocos dias ántes, como ya se ha dicho, el hermano y compañero de Canelo, hermoso animal tambien, habia muerto en un momento á consecuencia de un carbunco, sin que el herrador, el tio Chispas,—por mal nombre, y por ser tan borracho que tomaba ordinariamente una chispa al amanecer y otra al anochecer, cuando ya se le iba pasando la primera,—pudiera curarle, á pesar de haber empleado en él todos los recursos de la ciencia.

Su cadáver fué quemado públicamente, para evitar que se comiera aquella carne envenenada, que, como á veces ha sucedido, podia ocasionar desgracias más lamentables que la muerte de un animal.

Canelo era otra cosa: Canelo no habia muerto de enfermedad contagiosa, sino bravamente acometiendo á la locomotora, y ningun peligro habia en comer su carne, regalado manjar en aquella aldea, donde, cuando habia carne, que no la habia todos los dias, solia ser de carnero, y á veces de oveja, y no pocas de cabra; pero de vaca ó de buey sólo la saboreaban aquellos vecinos cuando al tio Dedo se le antojaba hacer un viaje á pueblos de más recursos, y se traia atravesada en la mula media res; pero al tio Dedo se le pasaban los meses enteros sin hacer el viaje; que, sobre ser un poco perezoso, tenia una mujer que, en separándosele su marido un tantico, ya creia que se lo iba á llevar encantado alguna princesa, enamorada de las prendas físicas del tio Dedo, que era un hombron terrible, que habia hecho raya en Madrid por lo buen mozo y lo valiente, y aún haria raya si no hubiese tenido necesidad de expatriarse y refugiarse en el pueblo de su mujer, á consecuencia de una maña que le valió el apodo de *tio Dedo*.

Tenia este tio un cajon de carne en una plazuela de Madrid, y por lo buen mozo que él era, y por su aseo, y por lo superior de la carne que vendia, era el suyo el puesto más favorecido por las criadas, y por las señoras y señores que tenian costumbre de ir á la

compra á fin de evitar malas tentaciones, y más que tentaciones, de los sirvientes. El tío Dedo ponía en el peso la pesa equivalente á la porción que se le pedía, y al echar el trozo de carne en el otro platillo, tenía tal destreza para hacerlo bajar con el dedo, que el comprador se retiraba satisfecho de que le había dado el *peso corrido*.

Y tan corrido estaba en efecto el peso, que cada libra de carne despachada por aquel sujeto, solía no tener más peso real y efectivo que poco más de media.

Las criadas sufrían grandes regaños, y todas eran tenidas por unas grandísimas bribonas; y aunque protestaban de su inocencia,—como la inocencia de las criadas es una de las cosas más problemáticas del mundo, y la falta de la carne era evidente,—quisieron muchas señoras, muy mujeres de su casa, convencerse de la culpabilidad ó inocencia de las criadas, y en efecto, iban á comprar, y compraban, por ejemplo, dos libras de carne, que en el peso del tío Dedo pesaban más de dos libras, y en otro peso cualquiera pesaban cinco cuarterones.

Y tanto se habló de la habilidad del tío Dedo en pesar carne, que la autoridad llegó á enterarse, y para corregirle impúsole alguna que otra multa; pero el dedo del tío idem no podía estarse quieto, y en tratándose de pesar carne, el dedo, contra la voluntad de su dueño, se iba maquinalmente derecho al platillo.

Continuaron las multas, pero nada, el dedo no se

corregia. Para no hacer uso de él, habria sido preciso que el dedo hubiese podido ser de quita y pon, y su dueño se lo hubiera dejado en casa para ir al puesto.

El público, persuadido ya de que el dedo ni se arrepentia ni se enmendaba, empezó á abandonar el puesto del que llamaban tio Dedo, desde que se averiguó su habilidad, y el pobre hombre pasaba las horas enteras en el cajon sin que se le acercara alma viviente á comprarle un cuarteron de carne.

Y un dia que estaba dado á todos los demonios porque no se había estrenado todavía, llegó un muchacho á pedirle un cuarteron de carne con hueso. Tomó el tio Dedo una piltrafilla, la echó sobre el platillo del peso, acompañándola con un hueso algo mayor que la piltrafa, y, sin poner el dedo, el hueso y la carne pesaban mucho más del cuarteron, casi media libra.

Cogió el tio Dedo en una mano el hueso y la cuchilla con la otra, puso aquella y aquel sobre el tajo, y sacudió tan tremenda cuchillada, que á un tiempo hizo del hueso dos huesos y se cortó un dedo, el mismo famoso dedo que tan escamado tenia al ilustrado público.

Castigo de Dios lo creyó el tio Dedo, lo mismo que lo creyeron todos los que tenian noticia de su maldita maña, y avergonzado el infeliz, cerró el puesto, realizó su capital, y se retiró á la vida privada, poniéndose en camino con direccion á la aldea donde habia nacido su mujer, y donde volvió á su oficio de

cortador, pero sin poderse librar del apodo que constantemente le recordaba su habilidad en pesar carne y el castigo del dedo criminal.

Pues, señor, el cortador, que tan bonitamente sabía cortar carne como dedos, apénas supo la desgracia acaecida al buey de la tía Torda, ó, mejor dicho, á la tía Torda, porque aunque el muerto era el buey, la más perjudicada era su dueña, se dirigió á casa de ésta y le habló de esta manera:

—Dios sea en esta casa.

—Con Él vengas.

La tía Torda tuteaba á todo el mundo, con la autoridad que le daban sus muchos años.

—Ya he sabido la desgracia...

—¡Ay! hijo mio, el pobre no tiene que esperar más que ser más pobre...

—No diga V. eso, que Dios es bueno... Yo he sido más pobre que una rata, y aquí me ve V., que aunque no soy, vamos al decir, un Queso... (el tío Dedo se habia empeñado en que Creso era Queso...) para ir pasando, gracias á Dios, no me falta... Y así fuera mi mujer otra, ó no fuera ninguna, que seria lo mejor, que estaria yo como el pez en el agua.

Y entre tanto la tía Torda lloraba, y su nieta, sentada en un rincon, lloraba tambien.

—Vamos, continuó el tío Dedo, no hay que afligirse... ¡Qué demonio! todos somos mortales, y hoy el buey y mañana mi mujer, digo, no, mañana yo, porque mi mujer no creo que se ha de morir nunca, todos tenemos que caer...

—Era un animal muy hermoso.

—En eso tiene V. razon, abuela, que, mejorando lo presente, daba gusto verle, y si hubiera V. querido llevarle á que lo corrieran en Calatayud, se lo hubiesen á V. pagado bien, y puede que se hubiera portado mejor que un toro hecho y derecho... Y á mí no me podia ver, que muchas veces en la era me fui á llegar á él, y me embestia como si hubiera visto al demonio... Yo no sé lo que tenemos los de mi oficio, que no nos quieren los animales... El perro del herrador siempre me ladra, y hasta los cochinitos que tengo en casa para la matanza, en cuanto me ven entrar, empiezan á gruñir, que no parece sino que no agradecen el pan que comen, es decir, pan no lo catan, pero para el caso es igual...

Y la tia Torda y su nieta no le hacian caso maldito.

—Pues yo vengo tocante al buey, dijo el carnice-ro... y como el animal no ha muerto de *muerte violenta*, sino tan bueno como yo, pongo por caso, y pasado mañana es la fiesta del pueblo, y ahora, en invierno, las carnes se conservan tan frescas, aunque pase tiempo, como le sucede á mi mujer, vamos al decir, yo venia á que, ya que ha perdido V., que no lo pierda todo, y como V. se ponga en la razon...

—¿Y qué quieres? ¿Quieres quedarte con Canelo?

—Yo le diré á V., yo con Canelo me puedo quedar, si quiero, porque yendo á buscarle... Todo el pueblo ha venido hoy á encargarme carne, y ya han ido á buscar al animal el hijo de la tia Zenona y el

sobrino del Cojo, que son los dos más brutos del pueblo, y han apostado á ver quién lo trae acuestas más tiempo.

—Pero, ¿qué quieres, hombre?

—Yo, francamente, soy hombre de conciencia, y no quiero quedarme con el buey por mi linda cara, y fuí y dije á aquella:—Anda, saca esos dos duros que tienes ahí en oro, que los traje yo de Zaragoza, y se los voy á llevar á la tía Torda, para que la pobre se dé una vuelta, ya que le ha sucedido esa desgracia.

—¿Y no vale más que dos duros el buey?...

—Vivo, no digo que no... cuidado, que yo no desprecio al animal... pero muerto, ya ve V. que no es como vivo...

—Pues así es como á tí te aprovecha, que vivo no lo habias de vender por libras y medias libras.

—¿Y dónde me deja V. lo que se desperdicia?... ¿No ve V. que está todo quemado?...

—¡Quemado! exclamó redoblando los sollozos la pobre niña, á quien ya le faltaba para siempre su amigo, su compañero.

—Conque... ¿acomoda ó no acomoda, abuela?...

—Mira, hijo, darme eso que dices por Canelo es un insulto, y mejor quiero que se quede allí donde está y se lo coman los grajos...

—¡Vaya! tres duros le daré á V., y no hablemos más... ¡Toma!... y luego que V. puede reclamar al ferro-carril, y no tiene más remedio que pagarle á usted el animal, como que lo ha matado una máqui-

na en acto del servicio, y aunque es verdad que la máquina no le hubiera tocado si el buey no hubiese estado allí, tampoco habria sucedido la desgracia si la máquina no hubiera ido á pasar cuando el buey estaba allí... En teniendo V. un hombre que tenga algunas letras, si hace la reclamacion en forma, lo ménos le saca V. al ferro-carril mil reales, y me quedo corto.

Lo que queria el grandísimo tano era que la tia Torda tomase los tres duros por el buey, que demasiado sabia que la empresa del ferro-carril no le habia de indemnizar.

Miéntras el tio Dedo sostenia esta discusion con la tia Torda, la aldea entera se habia dirigido al sitio de la desgracia, con objeto de ver el cadáver del buey, que allí estaba insepulto y como abandonado.

Y cuando el tio Dedo, despues de haber cerrado el trato con la tia Torda, fué á entrar en posesion de su hacienda, no se conocia que allí hubiese habido buey alguno sino por dos cuernos, con perdon sea dicho, que estaban arrojados á un lado, y con los cuales tuvo que contentarse el tio Dedo, porque lo que es el buey, ya se lo habian repartido bonitamente las gentes de la aldea, nada más que por tener una memoria del apreciable Canelo, cuya reputacion de cordura y prudencia era, como se ha dicho, muy grande en toda la comarca.

Viendo visiones se quedó el tio Dedo al ver que no veia buey por ninguna parte, y grande fué el regocijo que causó á los vecinos de la aldea ver cómo

el tío Dedo volvía la cabeza á uno y otro lado, sin atreverse á preguntar á nadie.

El caso fué que aquel día, en todas las casas del pueblo, ménos en las de la tía Torda y el tío Dedo, únicos y verdaderos dueños del animal, se comió carne del apreciable Canelo, que bien ajeno estaba él en el prado dos días ántes de que tamaña desgracia le habia de suceder en tan breve espacio.

Lo mismo le sucede al hombre, vamos al decir: cuando ménos lo piensa, cuando más descuidado está, se lo comen los demas por los piés.

### III

#### El hijo del sacristan.

Silbó á lo léjos la locomotora.

Ya que estaban allí los honrados vecinos de la aldea, se quedaron á presenciar el espectáculo, siempre grandioso é imponente, de la llegada de un tren.

La locomotora no me parece á mí nunca lo que és, una máquina de hierro movida por el vapor; me parece un monstruo animado, lleno de vida é inteligencia, monstruo por el tamaño, no por otra cosa,

porque una locomotora, en medio de su enormidad, es siempre ligera, graciosa, esbelta, gallarda.

Yo siempre la veo con respeto y con profunda admiración.

Los vecinos de la aldea la veían simplemente con asombro y curiosidad, porque para ellos, eso de rodar tantos coches sin el concurso de unos cuantos bueyes, ó mulas, ó siquiera jumentos, era cosa por de más extraña é inverisímil, y por más vueltas que le daban al asunto, no podían ellos calcular cómo podía andar una fila de coches movida sólo por agua caliente, toda vez que ellos no habían visto nunca que en su casa echase á correr ningun puchero, por mucha agua caliente que le echaran, pues todo lo más que hacia el puchero era reventar como un triquitraque.

Ordinariamente, aunque en la proximidad de la aldea habia estación del ferro-carril, pocas veces ó ninguna paraba allí el tren, y esta fué la causa de la muerte del buey, porque casi nunca habia allí ni viajeros, ni mercancías, ni cosa que lo valiera, como que de la gente de aquel lugar únicamente el tío Dedo se permitía *tomar el tren* alguna rara vez, que los demas no tenían para qué salir de allí, ni curiosidad tampoco de ver el mundo.

En el mundo no habia destino más descansado que el de jefe de estación en la que llevaba el nombre de la miserable aldea, patria del buey de la tia Torda y de la mujer del tío Dedo.

No despachaba un billete en meses enteros, ni re-

cibia una mercancía, y el año que más viajeros hubo y más equipajes, solamente de exceso de equipaje ganó la empresa en aquella estacion dos reales, amén de veintisiete, importe de los asientos de los viajeros.

Así es que al fin y al cabo, la empresa, en vista de la notoria utilidad que le producía constantemente aquella estacion, la suprimió poco despues, sacando de allí al pobre jefe de ella, que ya desconocía á los hombres, sus hermanos, y no se atrevía á hablarles por temor de que hubiesen mudado de lenguaje, y al ver una mujer le dió un desmayo, creyendo que estaba viendo al enemigo, pues el infeliz ni sabía que habia mujeres en el mundo, y sólo conservaba de ellas así como una remota idea, y ésta no debía ser muy favorable.

Pues, señor, aquel dia, por caso raro, paró el tren en aquella famosa estacion, y salió de ella el jefe, hombre venerable, con unas barbas como un capuchino, en fin, un verdadero ermitaño, que tal le habia puesto su aislamiento en una estacion tan abandonada de los hombres.

Aquella parada no sorprendió ménos al jefe de la estacion que á los vecinos de la aldea, congregados en aquel sitio por la circunstancia que ya sabe el lector.

Paró el tren, como digo, y del tren bajó un caballero, con su saco de noche, su cartera, etc., etc.

Este caballero era,—y ya era hora,—el hijo del sacristan.

—¿Y quién es el hijo del sacristan? preguntará el

lector, cansado acaso ya al llegar á estas líneas.

Pero el lector habrá de tener un poco de paciencia, cualidad preciosa en todo aficionado á novelas, y que las personas que ocupan una parte de su tiempo en la lectura de las modernas tienen muy acreditada, porque si no, no tendrían tantos lectores ciertas novelas que por ahí andan, y que, al decir de las gentes del oficio, hacen la fortuna de los editores.

Pero callo en este punto, que no está bien que yo, novelista también, el último y el peor de todos, me ponga á criticar á mis compañeros, por más que sea condición humana que el que ejerce una profesión, cualquiera que sea, haya de mirar de reojo á los que, ejerciendo la misma, buscan igual modo de vivir.

Pues, señor, el hijo del sacristan era hijo de un sacristan, lo cual, aunque parezca una verdad de Pero Grullo, filósofo famosísimo, más célebre que todos los sabios del mundo, no lo es, porque bien pudiera ser hijo de otro y haberlo adoptado como suyo un sacristan, ocultando así un misterio de suma importancia para la trama del cuento, accidente muy comun en las novelas, porque siempre da mayor interés á la narración eso de que los personajes no sean lo que parecen, y el hijo del carbonero, pongo por caso, resulte hijo de una princesa desgraciada y de un paje paja larga, que á su vez salga luego con que debe el ser á otro príncipe más principal todavía que la princesa.

Pero vuelvo al hijo del sacristan.

El hijo del sacristan era un caballero.

A lo ménos, parecia un caballero.

Con su levita gris, su sombrerito de camino, sus botas lustrosas, y con todo lo demas que lleva un viajero decente, el hijo del sacristan, así podia ser hijo de un modesto dependiente de la Iglesia, como de un ministro de la Corona.

El traje nos iguala á todos, aunque mucho más nos iguala la carencia de todo traje.

Pónganme Vds. en cuerecitos vivos á un marqués y á un zapatero, y verán cómo los dos son igualmente distinguidos.

El hijo del sacristan era un hombre muy regular en cuanto á lo físico: no era un hombre guapo, cualidad nada envidiable por cierto, porque siempre se ha dicho que los guapos son los toros; pero tampoco era un hombre feo, de esos que se consuelan con el dicho vulgar de que el hombre, como el oso, cuanto más feo más hermoso.

Mi héroe, como dicen los novelistas, aunque no haya entre los personajes de sus novelas ningun héroe, no presentó al jefe de la estacion el talon del equipaje, señal inequívoca de que todo lo llevaba consigo, como el estudiante, y únicamente le entregó el billete que le dió derecho al asiento de primera clase.

Dió el billete y se adelantó bravamente por entre los vecinos de la aldea, que le abrieron paso formando dos filas, y mirándole con el asombro propio de la circunstancia.

El los miró tambien sonriendo y como satisfecho,

como si su alma sintiese júbilo al hallarse de nuevo entre aquella buena gente.

Buena gente, según y conforme, porque también entre aquella buena gente la había bastante mala, capaz de jugar una partida serrana á cualquiera.

Y avanzó el hijo del sacristan hácia la aldea, y naturalmente le siguió, dándole escolta, toda la gente reunida momentos ántes en la estacion.

Y al llegar á un sitio donde se alzaba una tosca cruz de piedra, que señalaba á los vivos el lugar destinado á los muertos, que allí tenía la apariencia de un corral, es decir, cuatro tapias bajas, no muy segura alguna, se descubrió el viajero y se hincó de rodillas delante de aquella cruz tosca, pero imponente, más imponente que los suntuosos mausoleos y los magníficos pórticos de los cementerios de la ciudad.

La gente del pueblo quedó estática y suspensa al ver la acción piadosa del viajero, y todos, como movidos por un resorte, se hincaron de rodillas á alguna distancia del hijo del sacristan, y no sé si oraron, como oró el que de tal manera excitaba su curiosidad, pero sí debieron orar, porque en los pueblos no se ha perdido esta buena costumbre de rezar siempre que hay ocasión, práctica digna de todo encomio.

Terminada su oración, el viajero siguió por el camino adelante hácia la aldea, seguido siempre de su escolta, y penetró en ella sin poder contener las lágrimas.

—Pues, señor, ¿quién será este hombre? decía el tío Dedo, á quien con el acontecimiento de la llegada

de aquel extraño personaje se le había olvidado el chasco del buey y hasta los tres duros que en una moneda de oro y cuatro pesetas de cinco reales dejó sobre el poyo de la ventana á la tia Torda.

—¡A que es otro recaudador de contribuciones!... dijo el barbero, que tambien era sacristan á la sazón, y áun tenia sus puntas y ribetes de maestro de escuela y de profesor de veterinaria.

—*Chiquios*, dijo, oyendo la observacion del rasurador, un mozo como un trinquete, á quien recuerdo yo haber visto vendiendo melocotones en la renombrada y asquerosa feria de Madrid, pues *sus* digo que nos lucimos si nos quieren sacar otra contribucion. *Tó* nos lo han llevado ogaño, y las *cuaernas* que tenia yo ahí en eso *pa* mercar una saya en Zaragoza á la *hica*, se las llevó el *recaudaor*, que de mejor gana le hubiera dado... pero no hay que murmurar, que el que manda manda, y cuando nos piden tanto dinero será que haga falta.

—¿Qué *recaudaor* de contribuciones has visto tú que se ponga á rezar?... observó cuerdamente el barbero, que era un poco dado al epigrama.

—Y debe venir de Madrid.

—El pelaje no es de otra cosa, porque aquí no gastamos esos calzones tan largos, que se estropea tanto paño, ni llevamos esos *sombrericos*, que parecen, Dios me perdone, lo que no quiero nombrar.

—Oye, tú, ¿será el *diputao*?...

—*Mia* tú, pues *mia* que *pué* que lo aciertes, porque él tiene así buena traza, y dicen que nuestro *diputao*

es un buen mozo, mejorando lo presente, que hace raya en Madrid, y el cura, que le conoce, dice que es hombre muy religioso, y que por eso allí le llaman *feo*...

—Calla, bárbaro: ¿porque es religioso le han de llamar *feo*?...

—Pues será que le llamen *reo*...

—Calla, que estás en pecado mortal; *reo* es, pongo por caso, el que hace un delito, observó el ilustrado sacristan.

—Pues ello es cosa así como *reo* ó *ateo*.

—Endemoniado estás, por lo que veo, volvió á observar el barberc: *ateo* no puede ser, porque eso es así como cosa de hereje. ¡Cómo se conoce que no vas á oír el sermon los domingos!... Pues verás cómo se lo digo al señor cura, y el domingo que viene te llama y te pone colorado.

—¡Ah! ya caigo, le llaman *neo*.

—Eso, eso, *neo*.

—¿Y qué es *neo*, señor sacristan?...

—¡Hombre! no lo explican los libros que yo he leído, ni habla de eso ningun autor de los que tiene el señor cura en el armario, que me divierto en leerlos cuando no tengo que hacer; pero *neo*, por lo que he oído, es un hombre que quiere que todo el mundo haga lo que á él le dé la gana.

—Eso es ser *asoluto*, dijo al oír la luminosa explicacion del sacristan un anciano, que, terminado el absolutismo en España, se retiró á aquella aldea, donde habia nacido, con tres ó cuatro heridas que re-

cibió en la córte, y convencido de que España se perdía sin remedio entrando en el camino de la libertad y relegando al olvido aquella famosa canción de

*Vivan las caenas  
y muera la nación.*

—Entónces es lo que V. dice que es V., tío Vencejo.

—Y á mucha honra: *asoluto* nació, *asoluto* he vivido y *asoluto* he de morir.

—Pues cuando le dieron á V. la *asoluta*, maldito si le dieron un pedazo de tierra para que le entierren.

—Es que me la dieron los pícaros *negros*.

—¿Y qué gana V. con ser *asoluto*?

—¿Qué? que no sufro ancas de nadie, y al que se me pone por delante le atizo un palo que le deslómo.

Y era verdad, que el viejo tenía fama en la comarca por haber deslomado á más de cuatro, especialmente á todos los novios de su hija, á la que no le consentía novio, porque la destinaba al claustro, destino que le dió efectivamente, llevándola años ántes á Zaragoza, donde, gracias al valimiento de una familia pudiente, tomó el hábito de religiosa, y el padre se volvió tan satisfecho á su aldea, á vivir solo como un hongo, y á morir solo, que es mucho peor que vivir solo.

—Pues lo que yo *igo*, dijo un animal muy grande, es que ese hombre no viene á cosa buena.

—¿Qué sabes tú, bruto?

—Siempre que viene aquí uno de levita nos sucede algun trabajo!

—Oye tú: ¿si vendrá á embargar al tío Trampa, que ha comprado un cortijo de bienes nacionales y no lo ha pagado todavía?

—Ya quisieras tú tener las onzas que tiene enteradas el tío Trampa, que dejó su mujer una olla tan alta así llenecita de oro *físico*.

Y á todo esto el viajero recorría las calles del pueblo, que no eran calles ni ménos pensarlos, y se detenía delante de todas las casas, casas por mal nombre, como si estuviera allí gozando en reunir recuerdos gratos, porque de cuando en cuando se llevaba el pañuelo á los ojos, sin duda para enjugarse las lágrimas.

Y seguían los comentarios de aquellos mostrencos, y todas las mozas de la aldea estaban en las puertas de sus casas respectivas, admiradas de ver á aquel hombre tan gallardo y bien parecido; y aunque ya no era ningun niño, de mejor gana le hubieran tomado por marido á él que á ninguno de los mozos en estado de merecer, que, sin ofender á nadie, eran todos un poco arrimados á la cola, á pesar de la brillante educacion que les daba en sus ratos perdidos el profesor de veterinaria, cuya veterinaria se reducía á poner de mes á mes un par de herraduras á un potro que tenia el cura, comprado en Zaragoza á un tratante de caballos para los toros, con lo cual quedará persuadido el lector de que el jaco era tocayo de una famosa cantante que hizo las delicias de los *dilettanti* en el teatro Real; es decir, un *penco* hecho y derecho, ó, mejor dicho, torcido, pues estaba der-

rengado y tenia una mano más corta que la otra, de tanto como el pobre animal habia andado en malos pasos.

Ya habia recorrido el viajero todas las calles del pueblo, deteniéndose enfrente de muchas casas, cuando llegó á un sitio en el que habia, ó, mejor dicho, habria habido, una casa, pues de ésta no quedaban más que tres paredes, que ya debian estar derribadas, si en aquella aldea hubiese habido alguna vez noticia de lo que se entiende por ornato público.

Largo rato se detuvo delante de aquellas ruinas el viajero, como si allí estuvieran sus recuerdos, y al fin, volviéndose al grupo de vecinos honrados que le seguia, curioso de saber quién era y á qué iba allí aquel hombre, y encarándose con uno de aquellos, le preguntó:

—Caballero, ¿murió?...

Y apenas oyó decir *caballero*, el sacristan veterinario se adelantó, dió un pescozon al bárbaro á quien habia interpelado el desconocido, y con la gorra en la mano, que era un solideo con visera de quita y pon, enderezó al viajero la siguiente arenga:

—Caballero, aquí no hay más caballero que yo, —no estando presente el señor cura,—y si V. E. tiene algo que mandar...

—Deje V. el tratamiento, buen hombre, dijo el desconocido, sin sorpresa por oír que le daban excelencia, y como quien á la excelencia está acostumbrado.

El sacristan frunció el ceño al oírse llamar buen

hombres y ya perdió mucho en su concepto el viajero con haberse permitido tan inconveniente calificación.

—Dígame V., amigo, esta casa...

—Y se desarrugó el ceño del sacristan al oirse llamar *amigo*, y contestó bárbaramente, á pesar de toda su veterinaria:

—¿Cuála casa?

—Esta, repuso el viajero, señalando á la casa en ruinas.

—Esa no es casa, contestó el sacristan: hace dos años estuvo lloviendo todo el invierno, y poco á poco se fué desmoronando la casa, y ahí la tiene V., que si el alcalde no fuera tan terco, ya la hubiera yo arreglado, poniéndole un cobertizo, y me serviria para encerrar cuatro cochinos que tengo, con perdon de V. S., y en buen hora lo diga.

—Pero aquí vivia...

—Sí, la tia Torda, una buena mujer, que todos la queremos aquí, y ayer le ha sucedido una desgracia.

—¿Cómo?

—Sí, señor, se le ha muerto...

—¿Quién?...

—Un buey, que era un animal, mejorando lo presente, y sin ofender á nadie, que no habia otro como él.

—¡Ah! exclamó el viajero con un suspiro, como si creyendo recibir una mala noticia, la que le acababan de dar le fuese completamente indiferente.

—Y á todo esto, los vecinos de la aldea con la boca

abierta, mirando al sacristan y al misterioso personaje.

—Y esa señora, ¿dónde vive ahora?

—Mire S. E., vive allá abajo, como quien se tira por el lavadero, echándose á la derecha, una casa que está junto al almacén de vino del tío Chinarro... pero si su mercé quiere, yo mismo le acompañaré... ¡Eh! dijo, dirigiéndose á sus convecinos, ¿qué teneis que hacer aquí?... El señor es un amigo mio, y... sois lo más curiosos... *Retiraisus* en buen orden.

Y echó á andar, seguido del viajero y de todos los bobalicones de la aldea, que así hicieron caso de lo que les dijo el profesor de veterinaria como si no les hubiese dicho nada.

Muy conmovido iba el viajero, camino de la casa donde vivia la pobre tia Torda, y donde estaba, que la podian ahogar con un cabello, no consolada todavía de la desastrosa muerte del desgraciado buey, aplastado por la locomotora.

## IV

**La tia Torda acaba de padecer.**

Llegaron el viajero, su guia y su séquito á la casa de la tia Torda, y el sacristan se adelantó cautelosamente, de acuerdo sin duda con el desconocido, levantó el picaporte de la puerta, y entró, dejándola entreabierta.

—Buenos dias: la paz de Dios sea en esta casa, dijo á la pobre anciana.

—Con El vengas, Higino, dijo ésta, levantando la cabeza y con una voz triste y apagada.

—Vaya, ¡qué diablos! ¿para cuándo es la entereza?... dijo el sacristan, viendo el angustioso estado en que se hallaba la venerable vieja... Ya tendrá V., si Dios quiere, otro buey, que tras un tiempo viene otro, y Dios mejora sus horas.

La vieja movió tristemente la cabeza, como quien

no fia mucho en el supremo consuelo de todos los afligidos, que es, segun todos los autores, la esperanza, y el sacristan continuó:

—Calle V., señora,—aunque la pobre no habia hablado una palabra,—que puede que á estas horas Dios le haya enviado ya el remedio de todos los males.

—El remedio de mis males seria la muerte, contestó la anciana, si no quedara sola en el mundo esta niña, esta pobrecita, que no tiene culpa de haber nacido, y que acaso está destinada á ser tan desgraciada como su pobre madre, la hija de mi corazon, á quien Dios habrá perdonado.

Y rompió á llorar la infeliz, como si hubiera evocado la memoria más triste de toda su vida.

Las palabras del sacristan no produjeron en la vieja el efecto esperado. La pobre estaba tan desengañada y desesperanzada del mundo, que ya no habia amistad que la consolara, ni soñaba ventura alguna, ni tenia fe más que en la misericordia de Dios, que en la otra vida le tendria en cuenta las amarguras que habia sufrido en esta.

—Pues sí, señora, añadió el sacristan, yo sé que va V. á tener una visita, y que hay quien se interesa mucho por V.

—Buenas almas hay todavía en el mundo, observó humildemente la anciana; pero á mí, ¿qué remedio me han de dar?... ¿Me darán mi hija?... ¿Me darán la felicidad para mi nieta, para mi amor y mi tesoro?... Por mí nada necesito, nada quiero; pero ella...

¡pobrecita mia!... sola en el mundo... sin su madre, sin su abuela...

—Me parece que está V. ofendiendo á Dios.

—¡Oh! no, Dios sabe que nunca quiero ofenderle, que en El sólo espero, que todos los días le rezo por el alma de aquella pobre hija mia, que era mi consuelo, mi esperanza, mi alegría, mi vida entera.

—Pues mire V., ahora poco, cuando hemos ido todos los del pueblo á ver al buey, hemos visto á un caballero, á una persona de forma, y que no debe ser ningun *quidam*, como dice el señor cura, y ese caballero parece que viene expresamente á verla á V., y en fin, él la verá y V. le dirá, que yo ni entro ni salgo... y me lavo las manos; pero, como es amigo mio, me he brindado á servirle de... como si dijéramos, de *entrépete*...

—¿Es amigo tuyo? ¿Y quién es?...

—El caso es que no lo sé, porque él es un caballero muy reservado, y á nadie se franquea.

—Pero ¿desde cuándo le conoces?...

—Desde ahora.

—¿Y ya es amigo tuyo?

—Como sabe V. que yo tengo este don de gentes, que todo el mundo me quiere... por eso... En fin, él está á la puerta, y si V. quiere que pase...

—Sí, que pase, yo no tengo por qué ocultarme de nadie...

—Que pase S. E., salió diciendo el sacristan al viajero.

Y éste entró en la humilde vivienda de la tia Tor-

da, y detras el sacristan, y como la puerta quedó abierta, á la puerta se agruparon todos los zánganos del pueblo, y no pocas mujeres, que habian dejado en casa á sus hijos desgañitándose por la falta de teta.

En la casa de la pobre vieja habia poca luz y la vieja tenia poca vista.

Entró el viajero, y la vieja levantó la cabeza y fijó sus apagados ojos en él, pero seguramente no distinguia sus facciones.

El viajero estaba tan conmovido, que no pudo articular una palabra, y hubo allí una escena muda que hizo abrir enormemente la boca á todos los testigos, escena que en una zarzuela hubiese dado ocasion á un coro, en el cual treinta ó cuarenta personas estarían un cuarto de hora cantando una misma cosa; por ejemplo:

Mudo ha quedado  
el buen señor.

Es muy extraña  
la situacion.

Mudo ha quedado  
el buen señor.

El sacristan fué el primero que rompió la armonía de aquella escena, y dijo al caballero:

—Esta señora es la señora doña Venancia Canilla, por mal nombre la tia Torda.

Y á esta pobre le dijo:

—Este caballero es el caballero mi amigo, D... en fin, es el amigo mio de quien he hablado á V...

—¿Y qué quiere? preguntó la tia Torda, mientras acariciaba á la pobre Andrea, su nieta, que acababa de despertarse, y que estaba con la cabeza echada sobre las rodillas de la abuela.

La pobre niña se habia dormido.

—Dice la señora, dijo el sacristan al viajero, que qué quiere V...

—Lo que quiero es su perdon, dijo el viajero arrodillándose bruscamente á los piés de la vieja.

La niña se despertó asustada, y la abuela fijó sus ojos, ó, mejor dicho, los clavó en el semblante del que le demandaba perdon, y por un movimiento instintivo retiró la mano que el caballero queria besar.

—¡Perdon! repitió el Excelentísimo señor amigo del sacristan veterinario.

Y entónces la vieja se levantó, y extendiendo sus manos con los dedos crispados, y fijando la mirada profunda y airada en el desconocido, gritó en un supremo esfuerzo:

—¡Ah! ¡eres tú!... ¡Tú!... ¡Infa!...

Y no acabó la frase, porque cayó desplomada sobre el pavimento.

Y para que el lector no esté con cuidado, le diré que en aquel grito exhaló toda su fuerza vital la tia Torda. Cuando la levantaron estaba muerta.

El horrible sacudimiento que sufrió aquella gastada naturaleza, le habia arrebatado la poquita vida que le quedaba.

Andrea, la pobre niña, al ver á su abuela inmó-

vil, tiesa, con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos todavía como cuando los clavó airada en el semblante del viajero, lanzó un grito desgarrador y rompió en sollozos que partían el corazón de toda aquella gente, que participaba también de la pena que causaba á la nieta la muerte de su abuela, porque la viejecita era muy querida en la aldea, como que era la buena mujer un ángel en la tierra, que nunca había hecho daño á nadie, sino todo el bien que había podido, aunque la pobre era grandemente pobre; pero no hace bien solamente el que da socorros pecuniarios, que también lo hace el que da consuelos y buenos consejos.

Y era fama que de casa de la tía Torda siempre había salido consolado el que fuera á contarle sus cuitas.

Y luego, interesaba profundamente á todos aquel amor entrañable, lleno de abnegación y sacrificios, que tenía á la pobre niña sin madre.

Así es que, pasado el primer momento de asombro, que siempre asombra y espanta una muerte repentina, y el hombre más soberbio en presencia de esta tremenda prueba del poder de la Omnipotencia se siente sobrecogido y anonadado, todas las mujeres rompieron á llorar, y todos los hombres clavaron instintivamente la mirada en el viajero, que como un reo confeso de un gran crimen, estaba allí inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin atreverse á alzar los ojos, sin rezar, sin llorar.

Era, por fin, aquel un hombre que no tenía conciencia de lo que le pasaba.

La gente del pueblo le miraba ya con prevención, casi con odio, y su *amigo* el sacristan veterinario empezaba á escamarse, como han dado en decir ahora los escritores satíricos, de los cuales ha caído una nube sobre esta bendita tierra.

El número de los graciosos aumenta considerablemente cada día. Esta es una generación llena de gracia y sal y pimienta.

El sacristan fué el primero en pensar que allí había que hacer algo más que afligirse y estar mirando el cadáver de la anciana, y envió un pelon á buscar al señor cura, para que recomendase á Dios el alma de la difunta, y á un zagalon, con unas zancas muy largas, capaz de correr con ventaja al lado del potro más corredor, le despachó al pueblo inmediato, con recado para que viniera el médico, por si acaso la difunta no estaba difunta.

Entre tanto, llevaron los vecinos vinagre y se lo aplicaron á las narices á la difunta, y otra vecina, la más forzada de la asamblea, le dió unas friegas que, aunque la infeliz estaba bien muerta, no sé cómo no la hicieron volver á la vida, y otra la pinchó en la mano con un alfiler, y en fin, entre todos los presentes hicieron todo lo posible para que la tia Torda se arrepintiese de haber muerto y resucitara siquiera para dar gracias por el interes que inspiraba.

Pero la desdichada vieja no se movió, no se despertó del eterno sueño, ni siquiera oyendo los desgarradores sollozos de su nieta, que había sido todo su tesoro, todo su amor.

Llegó el señor cura, y todos le abrieron paso; que en aquella aldea todos tenían muchísimo respeto y mucho amor al ministro de Dios, al que tantos años hacia recibía en la pila bautismal á sus feligreses, y no los abandonaba nunca hasta que los dejaba cubiertos con la tierra húmeda del cementerio.

Era un buen sacerdote, humilde, sabio, amigo de todos, persuasivo, conciliador, de costumbres ejemplares, caritativo y celoso de su alto y sagrado ministerio.

El respetable cura descubrió su venerable cabeza en presencia de la muerte, se arrodilló al lado del cadáver, lo bendijo, y oró con fervor y con humildad.

Y todos callaron, y todos se arrodillaron.

Y el viajero, inmóvil, aterrado ante la solemne grandeza de aquella imponente escena.

Y la niña Andrea, el consuelo de la pobre anciana, arrodillada allí junto á su abuela, lloraba amargamente, pero en silencio, por respeto al señor cura, á quien no quería interrumpir en su fervorosa oración.

Después de rezar el sacerdote, preguntó cómo había sido aquello, y entre todos le contaron lo sucedido, interrumpiendo á todos muchas veces el sacristán, que era el que se preciaba de saber mejor todas las circunstancias que habían precedido á la inesperada muerte de la anciana.

El anciano sacerdote volvió la vista con extrañeza hácia el desconocido, y éste se avergonzó ostensiblemente.

—Padre, le dijo balbuceando y lleno de vergüenza, tengo que hablar con V.

—Todo el día me tienen todos á su disposición, contestó el cura, en el confesonario por la mañana, y en mi casa por la tarde.

—Hoy mismo veré á V. en su casa.

Y en esto llegó el profesor de medicina y cirugía, que se acercó valientemente al cadáver, y después de reconocerlo, declaró en tono de suficiencia que la difunta estaba muerta, cosa que todos los presentes sabían ántes de que él lo dijera.

Preguntado que fué sobre las causas de la muerte repentina, declaró que la muerte había sido producida por haberse paralizado la circulación de la sangre y haber cesado de latir el corazón, y concluyó diciendo científicamente que la anciana, cuyo cadáver estaba presente, había muerto á consecuencia de la rotura de un vaso, explicación que no satisfizo mucho á los presentes, toda vez que sabían que la tía Torda no tenía vaso alguno, sino simplemente un jarrito, roto por más señas. Solamente el veterinario, para mostrar su ciencia junto á la ciencia del profesor de medicina, dijo con aire de suficiencia:

—Ya lo había presumido yo, y más de una vez advertí á la difunta que se cuidara mucho los vasos, porque esa era la parte flaca de la abuela.

El médico se sonrió con la sonrisa amarga y un tanto escéptica de los médicos, de esos héroes muchas veces ignorados, que siempre están riñendo batallas con el peor enemigo, con la muerte.

Ya sabia él los puntos de ciencia que calzaba el sacristan veterinario.

El cura, D. Benigno, que no hay por qué se oculte su nombre, nombre que le venia de perlas, porque era el buen hombre la suma bondad, se acercó á la niña y emprendió la buena obra de consolarla, tarea de que nadie podia encargarse mejor, porque Andrea le amaba mucho, de él habia aprendido la doctrina cristiana, y estaba acostumbrada á oír la dulcísima amorosa palabra del anciano sacerdote, como si fuera la del mismo Dios.

La niña se deshacia en llanto, y era aquel demasiado dolor para una pobre criatura; le ahogaban los sollozos, y ya no podia ni respirar siquiera.

El cura la tomó de la mano, y dulce, suavemente, acariciándola, asegurándola que no quedaba sola en el mundo, la arrancó de aquella triste estancia, y la sacó á la calle.

Y ella obedeció al señor cura, porque su abuela le habia dicho que debia obediencia y amor á aquel venerable anciano, y en pos del cura y la niña salió de la casa de la difunta el misterioso viajero, que todavía no sabe el lector, ni cómo se llama, ni qué oficio tiene, ni qué se le habia perdido en aquella aldea.

Tenga paciencia el lector, y no quiera que se le digan todas las cosas de una vez, porque entónces, adios novela. Hemos convenido en que el lector de novelas ha de tener muchísima paciencia, y á mí se me ha antojado poner á prueba la de los que quieran seguir el hilo de esta narracion. Ademas, la compa-

ña del lector me es muy agradable, y no tiene nada de particular que procure honrarme con ella todo el más tiempo que me sea posible.

El viajero salió detras del cura, y llegándose á éste, no sé lo que le dijo en tono misterioso, que el bueno del clérigo le miró muy espantado, y le dijo:

—¡Usted!...

—Sí, padre, repuso el viajero, como si le estuvieran preguntando la doctrina.

—Entónces, añadió el padre, todavía no repuesto de su asombro, tú... ¡tú eres el hijo del sacristan!...

—Yo soy, contestó humillado el misterioso personaje.

—¿Qué demonio de sacristan seria el padre de este hombre? preguntará cualquiera.

Lo único que puedo hacer para entretener la curiosidad del lector, si es que esta obrilla se la inspira, es decir que, en efecto, el sacristan padre del hijo del sacristan era el mismísimo demonio, y Dios habrá sido con él muy misericordioso si no está á estas horas el tal individuo ardiendo en los profundos infiernos.

Y ahora vamos, lector amigo, á disponer el entierro de la tia Torda, que no porque sea una pobre me desdeño yo de acompañarla hasta la última morada, pequeño tributo que debo consagrar á sus virtudes y á su infortunio, que tan grande habia sido, que bien puede decirse que Dios le hizo un gran favor con despenarla y llevársela á su lado.

Antes de proceder el entierro de la difunta, era

preciso vestirla, siguiendo la costumbre, y no por otra cosa, porque verdaderamente un muerto lo que ménos necesita es ropa con que le entierren.

En la aldea habia su amortajadora de aficion, á la que se volvieron todos los ojos cuando se trató de vestir decentemente á la tia Torda. Parece como que la gente cree que en el otro mundo es el vestido una preocupacion tan general como en éste.

La pobre vieja no tenia más vestido que el puesto, y lo mejor hubiera sido enterrarla tal como estaba; pero no, señor: esa era una infraccion notoria de los usos y costumbres de la aldea, y hubiera habido para hablar dos años si la tia Torda, una persona á quien tanto querian aquellos honrados vecinos, hubiese ido á la tierra sin amortajar siquiera.

La mujer del tio Ganga, por mal nombre, llamado así porque era el hombre más desgraciado del mundo, no siendo su desgracia menor la de tener la mujer que tenia, que ya hubiera dado él alguna cosa, si la hubiese tenido, por quedarse sin ella, fué la que cogió por su cuenta á la tia Torda, la desnudó y la volvió á vestir, poniéndole unas medias que dió la mujer del tio Dedo, una enagua que facilitó un viudo que aún conservaba algunas prendas de la que fué su compañera, y una saya negra de bayeta, facilitada por el mismo bienhechor, y el pecho se lo cubrió la distinguida artista al cadáver con un pañuelo blanco, facilitado por una que habia sido lavandera en Zaragoza y tenia muchas prendas de ropa perdidas por sus dueños.

Después que la hubo vestido, la mujer del tío Ganga lavó la cara á la tía Torda, y la peinó, haciéndole su raya y su moño, y todo, y en fin, dejándola que daba gusto verla; y si ella se hubiera visto amortajada, es seguro que se habría parecido muy bien.

El sacristan hizo otro regalo á la pobre vieja, desprendiéndose, en obsequio suyo, de una bula que tenia algunos años hacia, cuya bula colocó la amortajadora sobre el pecho del cadáver, y luego le cruzó las manos sobre la bula.

Tendida sobre una manta en el santo suelo, esperó la tía Torda que la llevasen á enterrar, y los vecinos trajeron luces con que alumbrar el cadáver, y en todo el día dejó de haber quien rezara por el alma de la difunta.

Toda la noche estuvo el cadáver acompañado, y la pobre abuela hubiese tenido una verdadera satisfacción si hubiera podido ver con qué piadoso afán se disputaban las vecinas el honor de velar sus restos; durante toda la noche estuvieron entrando y saliendo en la casa mortuoria, rezando *Padrenuestros* y *Ave-marias* por el alma de la difunta, aunque ya presumian aquellas buenas gentes que el alma de aquella difunta habria entrado en el cielo sin recomendacion alguna, toda vez que la tía Torda fué toda su vida una buena mujer, amante y temerosa de Dios, que nunca hizo daño al prójimo, y que habia sufrido, por el contrario, rudos golpes, y en todas sus tribulaciones habia puesto en Dios el pensamiento, entregándose á su infinita misericordia.

A las cinco de la mañana siguiente, el sacristan se dirigió á un cuarto oscuro que habia en la iglesia, y que era la subida al campanario, y desde donde se tiraba de las cuerdas que ponian en movimiento las campanas todos los dias, para tocar á misa, al rosario, á la doctrina, etc., etc., que los dias de gran solemnidad, se prescindia de las cuerdas y se echaban las campanas á vuelo, y en este vuelo solia tambien volar algun muchacho, que iba desde el campanario á estrellarse en el santo suelo.

Pues en aquel cuarto oscuro, y húmedo y sombrío, habia, ademas de las cuerdas de las campanas, un ataúd, propiedad particular de la iglesia, y en el cual era conducido al cementerio todo vecino ó vecina que tenia la desgraciada ocurrencia de morir-se. Este ataúd fué donacion piadosa de una vecina bienhechora, que tuvo el honor y la suerte de estrenar la caja que regalaba á sus convecinos.

El sacristan sacó la caja del rincon donde se hallaba, le sacudió el polvo amorosamente, y hasta con un poco de pan mascado, por no tener otra cosa á mano, le pegó algunos trozos de galon que estaban despegados y roidos de ratones, y encargó á dos pe-lones que servian el honorífico y gratuito cargo de monaguillos, llevaran la caja á casa de la difunta, con objeto de que en el ataúd fuese llevado el cadáver á la tierra.

Y en efecto, á la hora señalada, todos los vecinos de la aldea se reunieron á la puerta de la casa mortuoria, y allí esperaron la llegada del señor cura,

que habia de presidir el entierro, y cuando llegó se dispuso dar principio á la triste ceremonia. La caja donde se colocó el cadáver era llevada por seis mujeres de la aldea, con sus vestidos y sus pañolitos negros, y rodeándola iban todas las demas, con sus maridos y sus hijos, y detras el señor cura, rezando las oraciones de la Iglesia, y á respetuosa distancia iba el viajero que, segun todas las señales, habia causado con su presencia la muerte súbita de la tia Torda.

Desde la casa mortuoria se encaminó el fúnebre cortejo á la iglesia, y allí, colocado el ataud descubierto enfrente del altar, celebró una misa el señor cura, que todos los presentes oyeron con suma devocion, ofreciéndola en sufragio de aquella alma buena, que seguramente estaria ya en presencia de Dios recibiendo el premio de sus virtudes en la tierra.

Tambien el viajero oyó devotamente la misa, aunque por su torpeza en persignarse á tiempo y otras señales, podia adivinarse, sin ser muy perspicaz, que hacia largo tiempo que el hombre habia perdido la buena costumbre de oir misa.

Terminado que fué el santo sacrificio, y despues que el sacerdote bendijo el cadáver y lo roció de agua bendita, volvieron á coger las mujeres el ataud, y toda la comitiva se dirigió al cementerio.

En la aldea no habia sepulturero, porque, francamente, el oficio no hubiera sido allí de los más socorridos; pero en los casos necesarios siempre habia alguno que por pura aficion y desinteresadamente se

prestase á cavar la fosa y á cubrir luego de húmeda tierra el cuerpo que la ocupase.

Así es que, cuando llegó el entierro, ya tenia la tia Torda preparada su habitacion, y despues que el señor cura rezó las últimas oraciones por el alma huida de aquel cuerpo, sacaron éste de la caja, y suavemente, como si temieran causarle daño, lo depositaron en la fosa las mujeres, para que manos de hombre no lo profanasen. Allí fueron los sollozos y lamentos de las personas que más amistad habian tenido con la tia Torda y más ocasiones de conocer sus grandes virtudes y su generoso corazon. Y tambien el viajero volvió á llorar y volvió á hincar la rodilla, y cuantos le miraban advertian que estaba tan pálido como el cadáver de la pobre tia Torda.

Un momento despues, llena de tierra la fosa, cubierto enteramente el cuerpo, todos volvian á la aldea, preocupados fuertemente con la imágen de la muerte que acababan de ver; que no hay espíritu tan fuerte, por fuerte que sea, que resista á la imponente impresion que produce la vista del cadáver de una persona con quien se ha vivido, con quien se ha llorado, de quien se han recibido consuelos y consejos, y á la que se ve por última vez, rígida, inmóvil, con los ojos cerrados para siempre y la boca contraída por una postrera sonrisa ó por un supremo dolor.

En silencio volvieron todos á la aldea, y ni aun el sacristan veterinario se atrevió á despegar los labios, aunque se le pasaban buenas ganas de hacer sus comentarios acerca del extraño personaje, en el que

ya veía el dignísimo funcionario algo sombrío y siniestro, y en esto no iba el buen hombre fuera de camino, y con mucho más fundamento hubiera mirado con prevención al forastero si hubiese sabido la historia de su vida pública y privada, que sabrá el lector recorriendo las páginas de esta novela.

## V

### El sacristan.

Ya recordará el lector, y por sí no lo recuerda se lo recordaré yo, que el viajero, el día de la muerte de la tía Torda, pidió y obtuvo del señor cura una audiencia.

De lo que pasó aquella tarde en casa del señor cura, nada puede saber el lector, ni yo tampoco, porque el cura recibió la confesion del desconocido, y el secreto de la confesion es muy sagrado, y ni el señor cura lo había de revelar, ni el lector ni yo somos tan despreocupados en este punto que vayamos á procurar averiguar lo que sólo el señor cura, en nombre de Dios, debe oír.



Pero retrocedamos unos cuantos, bastantes, años, y poco á poco iremos sabiendo lo que el viajero incógnito pudo decir al cura en su confesion, sin que el digno ministro del altar cometa el gran pecado de divulgar secreto tan sagrado, y sin que mis lectores tengan el remordimiento de haber sabido cosa alguna por violacion de tan respetable secreto.

En cierta época, muy distante de la en que hemos dado el lector y yo comienzo á esta novela, y digo el lector y yo por cortesía, pero debiera decir yo y el lector, porque si yo no hubiese empezado á escribir la novela, de ningun modo hubiera podido el lector empezar á leerla, habia un sacristan en la aldea, que no era el sacristan veterinario y pedagogo que ya conoce el lector, sino otro sacristan, que era un grandísimo bribon, como se verá, que no soy capaz de llamar bribon á nadie sin prueba plena de que merece tal dictado y áun otro peor.

Pues, señor, el sacristan, despues de correr mucho mundo, habia vuelto á su país y obtenido la plaza de sacristan, á la sazón vacante, y la mano de una muchacha del pueblo, no mal parecida, y que á poco de unirse en matrimonio con el sacristan empezó á enflaquecer y á ponerse tan triste, que decian por la aldea que, ó el sacristan tenia metidos los demonios en el cuerpo, y maltrataba á su mujer, ó le habia dado algun brebaje, cansado de ella, para que poquito á poco, pero ántes de lo regular, fuese camino del cementerio.

Preguntaban á la pobre mujer cuál era la razon

que tenia para irse poniendo transparente y tener aquel color amarillento, que le daba todo el aspecto de una desenterrada, y nadie pudo averiguar cosa alguna, ni lograr que acusara á su marido, de quien hacia los mayores elogios, pero de una manera que cualquiera hubiese creido que lo que aquella hembra tenia era un miedo extremado á su marido, lo cual explicaba los elogios que de él hacia, toda vez que el hombre hubiera sido capaz, si ella se hubiese permitido decir de él alguna picardía, de hacer con su mujer cualquier atropello.

El sacristan era un hombre muy misterioso y reservado, y, la verdad, no tenia grandes simpatías en la aldea, porque en los pueblos el que habla poco, el que no se rie de lo mismo que los demas, el que no cuenta lo suyo y lo ajeno, el que anda solo y nada pregunta y nada quiere saber, el que es, como se dice vulgarmente, *metido en sí*, inspira las mayores sospechas, y el mayor favor que se le puede hacer es creer que está malo, porque si no, se creerian de él los mayores horrores, desde el de que está poseido del demonio.

La gente de la aldea no iba del todo descaminada sospechando del sacristan algo malo; pero el hombre cumplia bien los deberes de su cargo; tenia la iglesia limpia, los santos limpios, ántes de amanecer ya estaba limpiándolos, y el señor cura, que era su jefe, no tenia queja ninguna de él en el desempeño de su cargo, y áun le agradaba no poco tener un sacristan aficionado de tal manera á la limpieza, y no sabia el

pobre sacerdote hasta qué extremo llevaba su dependiente la afición á la *limpieza*.

La sacristía le daba poco, muy poco, al sacristan, y no se le conocian otros bienes ni emolumentos, de manera que todo el mundo creia que el sacristan era más pobre que una rata; y lo que es como sacristan, era, en efecto, pobre, pero tenia otro oficio, ignorado de la gente de la aldea, que no dejaba de producirle buenos rendimientos.

Era el oficio del sacristan uno de aquellos en que más adelantos se han hecho, y en el cual, sin embargo, todavía no se ha llegado á la completa perfeccion, ni á poder eximirse de los peligros, sinsabores y contradicciones que trae consigo ese oficio, ilustrado por no pocos ingenios, como Candelas, Diego Corriente, los niños de Ecija y otros nenes por el estilo, personajes que luego ha popularizado la novela moderna, haciéndolos protagonistas ó héroes de narraciones interesantes, que cierto público lee con lamentable avidez.

Los periódicos, que de todo hablan, debieran emprender la buena obra de combatir esas novelas, consagradas á la vida y hechos de los foragidos, que si son perjudiciales los romances de ciego que tienen igual objeto, no sé si son todavía más perjudiciales las novelas, que, en mejor estilo y con más atractivo, impresionan muchísimo más, si el lector es, por su desgracia, hombre de poco entendimiento y malos instintos.

Ancho campo tiene el novelista, sin ocuparse en

relatar las *hazañas* de los facinerosos, para escribir libros amenos y verdaderamente útiles. En nuestras costumbres hay muchos vicios que combatir, muchas virtudes que enaltecer, y es muy de sentir que las plumas que en tan noble tarea debieran siempre emplearse, abandonen de vez en cuando este buen terreno y vayan á buscar héroes en los caminos, en los presidios y en los cadalsos.

Ya sabe el lector que el sacristan era un ladron. Todas las noches, cuando no habia nadie fuera de su casa, cuando todos dormian, salia el hombre y echaba por aquellos caminos hasta llegar á un sitio donde tenia establecido su cuartel general, y donde le esperaba todo su estado mayor, compuesto de lo peor de cada pueblo de los inmediatos y de otros lejanos.

Y el desgraciado que acertaba á pasar por el sitio que habian elegido aquellos aficionados á lo ajeno por teatro de sus *hazañas*, tenia que dejar contra su voluntad, en manos de gente tan poco fiel y temerosa de Dios, todo cuanto llevaba; y como no todos tenían humor de dejarse robar buenamente, sucedió que hubo quien quiso defender su hacienda, aunque más le valiera no haberla defendido, toda vez que por defenderla perdía la vida en lucha desigual con aquellos desalmados.

Y buen cuidado tenían luego de ocultar el cadáver ó de llevarlo á sitio lejano, para que, al hallarlo, no se pudiera sospechar que el asesinato habia tenido lugar á media legua ó á una de distancia.

Antes que el alba comenzase á disipar las ti-

nieblas de la noche, cada mochuelo se iba á su olivo, despues de repartir lo *ganado*, cuya operacion dirigia el sacristan, como jefe reconocido que era de toda aquella gentecilla tan dejada de la mano de Dios.

Y los arrieros y trajinantes caian que era un gusto para los ladrones, en las uñas de éstos, y todos los pueblos de donde procedian los agresores estaban grandemente preocupados con los repetidos robos y asesinatos que habia en las inmediaciones, haciendo mil cálculos sobre cuál seria la procedencia de los susodichos cacos, procedencia que ninguno queria hacer suya, porque en aquellos pueblos nunca habia habido ladrones, y todos los vecinos tenian fama de honrados.

Por una casualidad se habian reunido unos cuantos mozos listos, hipócritas como ellos solos, que de dia cada uno ejercia su oficio como si tal cosa, y que sabian darse toda la apariencia de honradez y pobreza, con la que tenian completamente engañados á sus paisanos y amigos y á sus mismas familias.

La mujer de nuestro capitan de ladrones de noche, y sacristan de dia, no tenia otro motivo de tristeza que haber sabido por su marido mismo la arrastrada profesion que éste ejercia, con ménos honra que provecho.

Merece contarse cómo averiguó la cuitada á qué clase de devociones se dedicaba de noche su marido.

La pobre mujer queria á su marido, y era grandemente celosa. Figúrense Vds. lo que sufriria la

sacristana cuando el sacristan salia por la noche, mandándola que se acostara y se durmiera y no tuviese cuidado por él.

—¿A dónde irá? se preguntaba; y como él le habia prohibido hablar á nadie de sus salidas nocturnas, la infeliz se consumia pensando, y sin poder tomar consejo de nadie, qué podria tener que hacer su marido por las noches.

Y una noche, que ya no pudo resistir más, se acostó ántes de que su marido saliese, y se durmió, es decir, fingió dormirse, y esperó que el sacristan saliera á la calle. No tardó mucho en salir, y entónces, vistiéndose la pobre mujer con ropa vieja y desechada de su marido, —que á tanto se atreve una mujer celosa, —salió tambien, y paso á paso, de puntillas y á favor de la oscuridad de la noche, siguió á su compañero. Y sin que éste notara que le seguian, salieron ambos, uno tras otro, de la aldea, y de buena gana se hubiera vuelto á su casa la esposa, que ya temblaba y preveia algo horrible; pero el demonio de los celos la empujaba detras del que ya juzgaba infiel esposo, distraido con alguna mal aconsejada mujer de otro pueblo.

Siguió andando el sacristan, y la sacristana detras, y así llegaron á la entrada de una selva, donde se detuvo él y se limpió ella con la manga del chaqueton el sudor que bañaba su rostro, y si no cayó allí redonda muerta de miedo, fué porque Dios le reservaba otro golpe más cruel todavia.

La noche era muy oscura.

El sacristan se detuvo.

La sacristana tambien, temblando y llena de angustia.

El sacristan silbó de una manera particular, y al momento salió de la selva otro hombre.

—Buenas noches.

—Buenas las tengas, Tullido, le contestó el sacristan: ¿habeis hecho algo?...

—Poca cosa... Un labrador de Calatorao que iba á Calatayud...

—¿Traia mucho?

—Cuatro onzas.

—¿Y las soltó de bien á bien?

—¡Tóma! él no quería, y al Manco le ha echado un ojo fuera de una puñada; pero como yo estaba cerca, y el hombre no se venia á razones... todo fué cosa de un momento... y cayó sin decir ¡Jesus!... Mala-sangre y Pocapena le han llevado como su madre le parió á méterle entre unos trigos muy altos que hay de aquí á una legua.

La sacristana oyó esta conversacion, y ya no tuvo duda de la honesta ocupacion de su marido; y aunque se le curaron los celos, otra herida más horrible se abrió en su corazon, herida de que habia al fin de morir, llena de vergüenza y traspasada de dolor, que en honor de la buena esposa debe decirse que no tenia instintos de ladrona ni podia avenirse á tener un asesino por marido, y desde aquella noche fatal tuvo aversion al que Dios le habia dado por compañero, y otro bien no pidió á la Divina misericordia que el de

que la separara pronto de aquel monstruo, sacándola de esta vida, tan triste para ella.

—Ademas de las cuatro onzas, dijo el Tullido, que era lástima no tuviera de tal más que el mote, en la faja traia el muerto, que en paz descansa, esta cartera, que te la he traído, porque como tú eres el único entre nosotros que entiende de letra... para que veas si en ella hay algo que pueda servir.

—Dame acá, y alumbra, dijo el bandolero mayor tomando la cartera.

Y en el mismo instante descubrió el Tullido, que en los infiernos se hallará á estas horas, la luz de una linterna que llevaba oculta.

La luz de la linterna iluminó completamente la figura de la sacristana, que estaba enfrente del Tullido, y éste exclamó:

—¡Allí hay un hombre!

Y abriendo cada uno de los ladrones una descomunal navaja, de un salto se pusieron al lado de la sacristana, y la arrastraron á la selva, más muerta que viva.

La mujer del capitan de bandoleros cayó, creyendo llegada su última hora, y el marido, al ir á cogerla para arrastrarla al interior del bosque, debió advertir que aquel hombre no era un hombre como los demas, y en efecto, nunca le convino tanto como en aquel duro trance haber nacido mujer.

Pero figúrese el lector cuál seria la sorpresa del endemoniado sacristan cuando, arrimando al rostro del que juzgaba espía la linterna del Tullido, hallóse

con que tenia en su presencia á su misma compañera, á su media naranja, á la madre de su hijo.

Echóse el trabuco á la cara, y ya iba á quedarse solo en el mundo, matando á la que habia tomado por compañera en su viaje de paso por la vida; pero el Tullido, que, aunque ladrón y asesino, conocia que su jefe iba á cometer un pecado demasiado gordo, áun para la conciencia de un facineroso, cogióle rápidamente el trabuco, y le preguntó lleno de espanto qué iba á hacer, por más que la pregunta fuese todo lo más excusada posible.

—Es verdad, dijo el grandísimo ladrón, no me conviene matar á esta mujer.

Esta frase puede dar al lector una idea de la conciencia del sacristan, á quien de poco le habia servido estar tan cerca de los santos.

Y despues de dar ciertas instrucciones al Tullido, su segundo, su teniente ó secretario, relativas sin duda á asuntos propios del servicio, cogió de un brazo á su mujer, y tomó el camino que habian llevado para llegar allí, y así volvió el matrimonio á la aldea, sin que nadie le viera ni pudiera figurarse que á tan altas y miedosas horas de la noche paseaba aquellos caminos el sacristan, que tan buena opinion gozaba, en compañía de un hombre, que era su mujer.

En todo el camino no dijeron ni palabra el sacristan y la sacristana.

En su casa ya fué otra cosa.

El marido llevó á la mujer al rincon más retirado de la vivienda, y la mujer, humillada, avergonzada,

anonadada con aquel golpe, con haber encontrado á su marido, al elegido de su corazón, al hombre que habia amado sobre todas las cosas de este mundo, dirigiendo una cuadrilla de ladrones y asesinos, se dejó caer sobre un sitial, se cubrió el rostro con las manos, y lloró con la desesperacion de quien para siempre ha perdido toda su felicidad, de quien ya no puede amar ni puede levantar los ojos del suelo para mirar tranquilamente á su compañero. Y la sacristana amaba á su marido, y habia estado celosa; y mejor hubiera querido hallarle en brazos de otra, mejor hubiese sufrido el desamor y el desden de su marido que la horrible pesadumbre de tener por dueño, por compañero de toda la vida á un ladron, un asesino, que volveria al hogar doméstico muchas veces con las manos salpicadas de la sangre de sus víctimas.

—¿Por qué me has seguido?... preguntó despues de algunos momentos el marido.

Y la mujer no contestó, porque no podia contestar, porque, ¿cómo le habia de contestar en aquel punto, en aquella situacion, cuando se habia convencido de que era su marido un miserable, cómo le habia de contestar que tenia celos, y que los celos la habian llevado tras él en aquella aciaga noche?

—Ya lo sabes, dijo el marido despues de esperar en vano la respuesta de su mujer, y comprendiendo aquel silencio; ya lo sabes: soy un ladron, soy un asesino, soy un miserable... lo soy hace mucho tiempo, lo era ántes de conocerte, ántes de venir á esta aldea, á donde vine huyendo de la justicia, que me

perseguía en la ciudad, y que me hubiera llevado á un patíbulo... Ahora no, ahora nadie me ve, nadie me puede delatar, y ya voy á dejar esta vida y vamos á huir, á huir léjos, tú, nuestro hijo y yo... Yo te quiero, siempre te he querido mucho, y ahora me horrorizo pensando que hace media hora he querido matarte, y te hubiera muerto, si el Tullido no lo hubiese evitado. Nunca le agradeceré bastante este favor que me ha hecho, porque... si te hubiese muerto, hubiera sido horrible mi remordimiento... Cuando vine á esta aldea, hice propósito de no robar, de no matar... Por eso, para cobrar fuerzas y persistir en ese propósito, admití el cargo que tengo en la iglesia... y allí, allí es donde me horroriza mi vida, donde veo levantarse la sombra de mis víctimas... y yo me hubiera arrepentido... yo hubiese confesado al señor cura mis crímenes, yo los hubiera expiado... yo, en fin, hubiera sido todo lo bueno que puede ser quien ha sido lo que yo... pero vinieron mis compañeros, los que robaban bajo mis órdenes... la justicia habia cazado á algunos, y los iba á cazar á todos... y ellos, ellos me obligaron á volver á robar, á volver á matar... porque yo les tenia miedo, no por mí, sino por tí, por no separarme de tí, por no perderte... porque me hubieran delatado, me hubieran perdido... Y ahora callan y me obedecen, pero me espían, me acechan, y á la menor señal de debilidad me matarian, ó te matarian á tí y á mi hijo, ó me entregarían á la justicia, que por librar de mí á la sociedad acaso perdonaria á mis cómplices... Ahora, esta noche, si te hu-

bieran visto todos, estábamos perdidos... no nos hubieran dejado volver, acaso te hubiesen sacrificado allí mismo, en presencia mia... pero el Tullido callará... tiene que obedecerme, porque me debe la vida... y sabiéndolo él solo, no corremos peligro.

Y la sacristana seguia humillada, sin murmurar una palabra, sin atreverse á mirar á su marido, postada bajo la pesadumbre de la horrible pena que acababa de apoderarse de su corazon, y que, cruel, no habia de abandonarla sino en el sepulcro.

El sacristan y la sacristana tenian un hijo, y la noble honrada madre pensaba en su hijo.

¡Ser hijo de un ladron, de un asesino! ¡Triste suerte! ¡incomparable infortunio!

La sacristana hubiera querido poderse despojar del amor de madre, de ese sentimiento superior á todos los sentimientos y á todos los amores del mundo, para poder pedir á Dios que se llevara á la gloria al hijo de sus entrañas ántes de que éste supiera quién le habia engendrado, ántes tambien que se despertaran en él las mismas inclinaciones de su padre, que hasta esto lo pensaba aquella infeliz, y ya veia á su marido muriendo en un tablado por mano del verdugo, y ya veia tambien sobre el mismo tablado al hijo del ladron.

—Ven, dijo este á su mujer, pasados unos momentos. Y la cogió de la mano y la levantó. Al contacto de aquella mano, que tantas veces habria sepultado el puñal en el pecho del prójimo, se estremeció la honrada mujer, y no retiró la suya, porque

aquel hombre, ladrón y asesino como era, se la tomaba en uso de su derecho; era su marido, el sacerdote los había unido en el altar, y nada podía separarlos: la mujer estaba obligada á seguir á su marido.

Siguió, en efecto, á su marido, que la llevó á un desvan de la casa, donde en un hueco abierto en la pared, y perfectamente disimulado con unos ladrillos, había un montón de monedas de oro, que el sacristán contempló con fruición, y empezó á acariciarlas amorosamente cogiendo puñados de ellas y presentándoselas á su mujer, que apartó la vista con horror de aquel dinero, que, sin tocarlo, le abrasaba.

—Mira, dijo el dueño de aquellas monedas miserables, dueño contra la voluntad de los legítimos dueños, mira, con esto podemos ser felices... Dicen que el dinero no da la felicidad, pero se engañan... Con dinero se pueden satisfacer todos los deseos, se puede ver todo, se puede ir por todas partes... y luego no le tratan á uno como á un pobre... Delante del dinero todo el mundo tiene respeto, todo el mundo se humilla... y á mí me gusta que me traten bien, que me respeten... que no me traten como á un miserable, y en el mundo, hija mía, no hay más medio que éste para ofuscar á las gentes... Dame dinero, y yo lo seré todo en el mundo: seré ladrón, y me creerán hombre honrado; seré un asesino, y tendré quien me sirva, quien me adule, quien sea mi cómplice... seré un hipócrita, y engañaré al mundo, y por un puñado de este oro habrá quien proclame mis virtudes, quien las

sostenga, quien me ponga por encima de todos los sabios, de todos los buenos.

Como ve el lector, el sacristan tenia el alma completamente pervertida. El dinero le habia cegado los ojos de la inteligencia, habia extinguido en él el instinto del bien, habia trastornado sus ideas, le habia hecho ladron, asesino, ateo, sacrilego, hereje, le habia perdido para este mundo y para el otro.

Y esto no lo hace el dinero solamente con el desventurado sacristan de esta novela, sino que lo hace tambien con muchos que ni son sacristanes ni monaguillos; y como esta es cosa que el lector, de puro sabida, tendrá olvidada, excuso extenderme en grandes consideraciones que pudieran hacerse acerca de este asunto, y como se ha escrito tanto del dinero, ya está todo el mundo cansado de oír hablar de dinero, y de no tenerlo, y está probado hasta la saciedad que el dinero es un grandísimo tunante, lo cual no tiene nada de extraño, porque la mala intencion del dinero viene de tiempos remotos; y para no ir más lejos, no citaré otras maldades suyas que la de la venta de nuestro Divino Salvador, hecha por la miseria de treinta dineros por una de las víctimas del dinero, que los treinta dineros fueron los que le obligaron á colgarse de un cordel, ó, mejor dicho, con un cordel, no pudiendo ya sufrir la pesadumbre de los remordimientos.

El sacristan era capaz de todo por el dinero, y no era que fuese avaro, no, porque el dinero lo queria para gastarlo, para lucirlo, para satisfacer, no sus

necesidades verdaderas, que con poco las hubiera tenido satisfechas, sino las necesidades de la vanidad y la soberbia. Y por eso habia robado y asesinado, y guardado el dinero para juntar mucho, y un dia romper con su pasado, como si esta fuera fácil cosa, y vivir anchamente, gozando del mundo allí donde no le conocieran, donde nada se supiera de su vida, y donde pudiera él presentarse adornado de todas las virtudes, y adquirir el prestigio que da el dinero á los ojos de la gente de corto entendimiento.

La sacristana no esperaba de aquel maldito dinero más que desdichas, así como su marido esperaba todas las felicidades de la tierra.

La mujer era la que estaba en lo seguro; que el dinero mal ganado no puede dar nunca la felicidad, aunque parezca que la da.

Si fuéramos á ver la vida íntima de muchísimas personas que han ganado malamente el dinero que poseen, nos horrorizaríamos seguramente, y habíamos de bendecir á Dios, que no ha permitido tengamos otro dinero que el ganado honradamente á fuerza de trabajo.

Pero los que no ven más que la superficie de las cosas, los que ven lujo y fausto y placeres que ellos no tienen, creen que el dinero puede obrar el milagro de hacer felices á las gentes material y moralmente.

¡Funesto error, en que no cae quien pone toda su confianza en Dios y considera esta vida únicamente como un viaje de prueba y de paso para la vida eter-

na, donde el capital en dinero de nada sirve, y de mucho sirven la virtud y la humildad!

¿Qué hubieses hecho tú, lectora, si por tu mala ventura te hubieras hallado en lugar de la sacristana?...

Lo que hizo la sacristana: callar y sufrir la horrenda pesadumbre que Dios había permitido cayera sobre ella; era esposa y era madre, y la infamia del marido y el padre había de caer sobre ella y sobre el hijo inocente.

Si hubiera sido libre, si no le hubiese ligado al bandolero el estrechísimo lazo de un hijo, habría huido acaso, acaso hubiera preferido pedir limosna de puerta en puerta entre gentes desconocidas, á vivir unida al ladron y al asesino; pero tenía un hijo, y aunque el padre de este hijo fuese un ladron y un asesino, no tenía derecho para privarle de su hijo, y ella, ella no podía dejar á su hijo solo en poder de su padre, abandonado del amor maternal...

La sacristana calló, y el bandolero siguió siendo bandolero.

Pero una enfermedad moral destruía lentamente aquella naturaleza, ya débil desde el nacer; la pobre mujer se ahogaba en aquella vivienda sombría, donde reinaban siempre el temor y la inquietud, al lado de aquel hombre, que había venido á dar en enemigo del prójimo, que acechaba la fortuna ajena y vertía la sangre del bueno, del honrado, por arrebatarse el dinero ganado quizá con el mayor trabajo. La pobre madre quería morirse y temía morir, quería no haber

tenido un hijo, y sin embargo, aquel hijo era su único consuelo, queria aborrecer á su marido, y sentia que le habia amado y que le amaba todavía.

La miraban los vecinos del pueblo, y temblaba; llamaban á su puerta, y temblaba, sin atreverse á abrir; salia su marido, y temblaba; tardaba en volver, y ya suponía que le habian descubierto, que le habian muerto, que publicaban sus crímenes y la buscaban como cómplice de su marido; cuando volvía éste, recibíale temblando, y en fin, la que parecia criminal, la acosada por los remordimientos más atroces, era ella, ella, la inocente y buena y honrada mujer.

Esta vida de martirio no podia durar mucho; la infeliz queria vivir, queria educar cristianamente á su hijo, queria que el hijo no fuese un ladron como su padre; pero su naturaleza estaba vencida, y en vano luchó con ella; á los dos ó tres años de silencio, de horribles tormentos, de constantes sobresaltos, la sacristana murió, perdonando á su marido, y recomendando su hijo al señor cura y á la tia Torda, única vecina que la asistió cuidadosamente en sus postreros dias.

Y á tiempo murió la desdichada. Dios quiso evitarle un rudo golpe, que la hubiera alcanzado indudablemente si hubiese vivido un dia más.

## VI

El ladrón muere donde y como era de suponer.

El día de la muerte de la sacristana, los subordinados del sacristan debían dar un gran golpe, apoderándose de mucho dinero y alhajas pertenecientes á una riquísima familia que desde Zaragoza se trasladaba á Madrid en una silla de posta, trayendo consigo aquellos objetos de más valor; el sacristan les había dado días ántes todas las instrucciones necesarias sobre la manera y el lugar en que habían de salir al encuentro de la silla de posta, y llevar á cabo la singular hazaña de dejar á la familia rica que se trasladaba á Madrid con algo ménos que lo puesto. Pero el día de la ejecución del proyecto, el sacristan faltaba, porque se hallaba al lado de su mujer que agonizaba, y con este motivo tuvieron los ladrones de la cuadrilla que prescindir de la dirección del capitán y disponerse á acometer solos y mandados por el Tullido, que era el segundo jefe, la temeraria em-

presa de dejar en cueros vivos á toda una familia principal, compuesta de un anciano respetable, su mujer y dos niñas bonitas como ángeles, que no sin miedo se ponian en camino, sabiendo que por aquellos bosques habia no pocos robos y atropellos de todo género, gracias al abandono en que estaban en aquel tiempo las vias de comunicacion; que no hubieran tenido tanto miedo si entónces hubiese existido la Guardia civil, institucion nobilísima que nunca debiera ningun Gobierno alejar de los caminos, donde cumple con celo y abnegacion, superiores á todo encarecimiento, su mision honrosísima de velar por los intereses y la vida de los ciudadanos honrados.

Dias ántes habia pasado por allí, de vuelta de Madrid, á donde habia ido con encargo de su amo, un criado de la familia de Zaragoza. Este criado cayó en poder de los ladrones, y entre éstos tuvo el gusto de encontrar á un hermano suyo, de quien no sabia hacia muchos años, y de quien estaba alejado, porque el tal hermano siempre habia sido más malo que bueno, y de ello era una prueba evidente la profesion que habia abrazado despues de largo tiempo de no tener ninguna.

El pobre criado, que no tenia nada de ladron, sufrió amarga pena viendo allí, entre aquellos hombres, á su hermano, y comprendió que un dia ú otro seria éste cogido por la justicia y colgado como de derecho le correspondia.

El bandido preguntó á su hermano, inquirió dónde

estaba y á quién servia, y supo que pocos dias despues habia de pasar por aquel sitio la familia de Zaragoza, lo cual se apresuró á poner en conocimiento de sus dignos compañeros; y en premio de esta buena noticia dejaron libre al criado, sin decirle, por supuesto, su propósito.

Pero el criado no era tonto, y calculó que sus amos corrian grave peligro en aquel indispensable viaje, y arregló las cosas de manera que los ladrones dieron un golpe en vago, como verá el lector, por poca curiosidad que tenga.

—Mejor quiero, pensaba el buen hombre, ver muerto de un pistoletazo á mi hermano, que en la plaza pública... Yo no le puedo matar, porque es mi hermano, pero tampoco puedo dejar que á mis amos, que hace treinta años me dan el pan, les roben y asesinen acaso esos bandoleros. Tampoco puedo dar parte á la justicia para que los coja ántes, porque cogeria á mi hermano y le ahorcarian...

Y llegó el dia del viaje, y despues de haber hablado largo rato el criado con el amo, se dispuso que las sillas de posta fueran tres, las dos primeras ocupadas por ocho escopeteros, y la última por la noble familia y su leal criado.

Los ladrones atacarian á la primera y serian dignamente recibidos, y en el caso de salir ileso el ladron hermano del criado, éste habia conseguido de su amo, hombre de gran influencia, palabra de que le ocultaria y le proporcionaria medios de vivir y de arrepentirse.

Y sucedió como se esperaba: al dar los ladrones la voz de ¡alto! á la primera silla, les contestó una descarga, que dejó sin vida á cuatro de los bandidos, y entre ellos al hermano del fiel criado.

Los otros bandoleros quisieron huir en vista de aquel descalabro, que no hay gente más cobarde que los ladrones y asesinos, y que más miedo tenga á perder la vida, cosa que, siendo propia, estiman en mucho, y siendo del prójimo no la estiman en nada.

Y alguno huyó, gracias á su conocimiento del terreno y á la ligereza de sus piernas; pero los demás fueron copados por los escopeteros, que dieron con ellos, llevándolos atados codo con codo, la vuelta á Zaragoza, y allí quedaron á disposicion de la justicia, y la noble familia continuó su viaje á la córte con el fiel criado, que llevaba consigo la pesadumbre de la muerte de su hermano, que al fin era su misma sangre, y el consuelo de que no habia muerto en un cadalso, como era de temer, estando, como estaba, dedicado á una profesion cuyo término suele ser el garrote vil.

Comenzóse á instruir la correspondiente sumaria, se tomaron declaraciones, se reunieron datos, y al principio los procesados se hacian de nuevas al ser preguntados sobre robos y asesinatos, de que tenían mejores noticias que el mismo juez que instruia la causa, y parecia como que pretendian hacer creer que precisamente era aquel su primer conato de robo, y aún hasta que no trataban de robar, sino simplemen-

te de dar una broma á la familia viajera, cosa que el juez hubiera creído si hubiese podido ser creíble.

Desgraciadamente para ellos, el juez era hombre que lo entendía, y que, como vulgarmente se dice, no se mamaba el dedo, y tantas y tantas preguntas hizo, y con tal habilidad, que al fin, despues de incurrir en mil contradicciones, acabaron por confesar sus milagros y hazañas; y esperando acaso que la captura de su jefe seria muy estimada por la justicia, y que tal vez fuera menor la responsabilidad suya poniendo á disposicion del juez la responsabilidad de su jefe, maestro y director de operaciones, delataron como tal al sacristan, que bien ajeno estaba al lado de su mujer moribunda de que tan poco tiempo le quedaba de libertad.

Figúrense Vds. cuál seria la sorpresa de los habitantes de la aldea viendo llegar, dos dias despues de verificado el entierro de la sacristana, un destacamento de caballería, que se entró bravamente por aquellas calles, que ni el nombre merecian de tales: algunos supusieron que aquella fuerza era la avanzada de alguna invasion extranjera, porque ellos no habian visto nunca soldados, y si los habian visto, habia sido alguno solo y muy de tarde en tarde, pero de ningun modo una fuerza tan respetable como la de aquel destacamento, que tendria á lo más diez y seis hombres, mandados por un bravo alférez, que habia recibido encargo de coger vivo ó muerto al jefe de los bandoleros, que tanto daño habian hecho en aquella comarca.

Y el alférez, á fuer de hombre prudente y ejecutivo, sin reparar siquiera en la curiosidad que excitaba su presencia y la de sus soldados, dirigióse derechamente á la iglesia, y en la puerta detuvo á su gente y echó pié á tierra.

El alférez, que sabia que el sacristan era el ladrón, ó que el ladrón era el sacristan, creyó encontrarle en la iglesia, y allí se dirigió, con ánimo de sacarle del templo y darle el recado de atención que para él llevaba en nombre del rey y de la justicia.

Entró el alférez en la iglesia y se dirigió á la sacristía, donde halló al señor cura, con quien entabló el siguiente diálogo:

—A la paz de Dios, padre.

—Con El vengas, hijo, dijo el señor cura sin mirarle, absorto como estaba en sus oraciones, y creyendo que seria algun penitente que desearia confesarse para cumplir con la Iglesia, que precisamente aquel era el tiempo de llenar este cristiano deber, ó acaso el Zurdillo, un zagalon muy bruto, que debiendo casarse dentro de breves dias, habia sido citado por el cura á exámen de doctrina.

—Cuando V. acabe, padre... añadió el alférez respetuosamente.

—Ya acabé, dijo el señor cura persignándose, cerrando el libro y volviéndose á ver á quien le hablaba.

—¡Un soldado! exclamó con asombro el señor cura, que no entendia gran cosa en los grados de la milicia.

—Alférez, para servir á Dios y á V., padre capellan, dijo rectificando el oficial. Y no se asuste su merced, que con V. no va nada.

—Yo no me asusto, dijo el señor cura, como quien tiene la conciencia limpia y tranquila del justo. ¿Puedo saber en qué puedo servir á V., señor alférez?

—Es poca cosa, señor cura. La justicia ha pedido mi auxilio, y aquí vengo en comision y en nombre de la justicia.

—¿Y qué tiene que hacer aquí la justicia?... Esta pobre y mísera aldea es tan honrada como pobre, que es todo lo que se puede decir, y ni yo ni mis feligreses han tenido nunca nada que ver con la justicia. Aquí todos cumplen el precepto divino que manda amar al prójimo como á sí mismo. Ya ve V., señor alférez, que aquí no tendrá ocasion de intervenir jamás la justicia, toda vez que practicando todos ese sublime precepto, no puede haber aquí nadie que haga voluntariamente daño al hermano.

—Así será, señor cura, pero no es ménos cierto que la justicia es quien me envia, ó, mejor dicho, me envia mi coronel, á ruego de la justicia.

—¿Y es á mí á quien la justicia reclama?...

—No, por Dios, señor cura, que ya tiene ella noticias de la virtud que le adorna á V., y ni la más remota sospecha inspira V., aunque no hubiera sido extraño que algo se sospechara... porque la persona que yo busco está tan cerca de V., que no lo puede estar más.

—Por Dios, que me llena V. de confusiones, señor

alférez, y no acierto á explicarme... Aquí todos me aman y me respetan, todos están cerca de mí...

—Es uno que lo está, ó lo debe estar, más que todos.

—Diga V. claramente qué pretende y á quién busca, señor alférez, y salgamos de dudas.

—Pues, señor, á quien yo busco es al sacristan.

—¡Al sacristan! ¿Y qué tiene que hacer la justicia con ese pobre hombre?

—Eso ya lo verá él.

—El infeliz ha tenido una pena horrible; se le ha muerto su pobre mujer.

—¡Hombre! ¡qué bien ha hecho!

—¿Por qué dice V. eso?

—Porque para tener un marido como ese mozo, más le valiera no haber nacido.

—Repáre V. lo que dice, señor alférez, que el sacristan ha sido tan buen marido como cualquiera lo puede ser.

—Buen marido no niego yo que haya sido ese pobrecito, porque lo uno no tiene que ver con lo otro... Pero, en fin, ¿dónde está el sacristan?

—En su casa estará, que desde la muerte de su mujer no sale de ella.

—Pues allá voy á desempeñar mi comision, que no creo ha de ser muy del gusto del sacristan... y no sea que le haya dado ya en la nariz para qué le busco, y evite mi visita con la mayor descortesía, poniendo piés en polvorosa.

—Pero, señor alférez, no comprendo, francamente,

por qué habla V. de esa manera del sacristan, hombre honrado á toda prueba, y que me sirve y sirve á la iglesia con extremada solicitud.

—Señor, cura, si V. tiene motivos para hablar así de su sacristan, yo los tengo muy graves para decir que el sacristan es un ladron de siete suelas, y por eso es por lo que de órden de la justicia vengo á prenderle.

—¡Ladron! ¡Ladron mi sacristan! Dios permite, para mayor gloria de los hombres honrados, que haya torpes y villanos calumniadores. Una calumnia será esa acusacion.

—Padre cura, la justicia no calumnia...

—Pero acaso una delacion infame la obliga á perseguir al inocente. Dios nos libre de una mala voluntad... Mas si el calumniado padece los rigores de la justicia, su inocencia brilla radiante al fin, y puede levantar al cabo el inocente la cabeza y mirar cara á cara á su delator, que se humilla y se avergüenza, y nunca se ve libre del peso que ha echado sobre su conciencia.

—Todo eso está muy bien, señor cura, pero aquí no hay delacion sino de los mismos compañeros de ese ladron, que Dios confunda. Y con esto, no hablemos más, que ya estoy impaciente por amarrar á ese pobre viudo, que, ó mucho me equivoco, ó he de tener el gusto de verle bailar en la cuerda floja, en union con sus compañeros.

—Vamos, señor alférez, yo he de acompañar á V., si lo permite.

—Con mil amores.

—Pues vamos. Es imposible que ese hombre sea un ladrón. Si lo fuera, me horrorizaría de saber que en el hombre cabe tan profunda hipocresía.

—Pues de poco se espanta V., señor cura, y bien se conoce que es V. un alma de Dios, y que no ha visto el mundo ni tratado con la gente que por él anda.

—Dios no permita jamás á mi lado la hipocresía y la mentira. Dios me evite el horrible pesar de tener que desconfiar de los hombres, de mis hermanos, de los que son hechura de Dios, y para el bien los ha puesto en el mundo.

Y el cura y el alférez salieron juntos de la iglesia, y como al salir reparara el padre en la escolta que habia llevado el oficial, exclamó:

—Prevenido viene V., señor militar, y más parece que trata de prender á toda la gente de la aldea que á un hombre solo.

—Ninguna precaucion está de más, aunque yo no he sido quien ha dispuesto qué fuerza habia de acompañarme, y lo mismo hubiera llevado al sacristan atado codo con codo, y por el pescuezo á la cola de mi caballo, si á mí me hubieran enviado solo.

—Pésame oír hablar á V. así y manifestar el deseo de llevar á un hombre, á un hermano, de esa manera cruel y humillante.

—Padre cura, el ladrón no es mi hermano.

—Aunque lo fuera el sacristan, hermano de V. sería, como lo es siendo bueno y honrado. Todos somos

hijos de Dios, el bueno y el malo, el santo y el asesino, la paloma y la serpiente, el águila y la víbora, á todos nos ha dado vida, y...

—Mire V., señor cura, yo no entiendo de teologías ni curso en Universidades, y lo que digo es que así tengo yo por hermano al sacristan, como al rey que rabió; y que al que roba y asesina, lo mismo me importaría pegarle una cuchillada que dársela á un perro, si estaba rabioso el perro, se entiende, que no rabiando no merece eso un perro, el fiel amigo del hombre, el que nunca roba ni asesina á traicion, y perros hay, señor cura, que podrían enseñar á los hombres á amar al prójimo y á tener buenos sentimientos.

El sacristan vivía cerca, y pronto llegaron el cura y el alférez.

Llamaron, y pasó gran espacio sin que nadie contestara.

Volvieron á llamar, y nada.

El cura alzó el picaporte de la puerta; pero la puerta no se abrió, porque estaba cerrada por dentro, verdad de Pero Grullo muy propia de las novelas al uso, y que por eso incluyo en ésta, fiel á mi propósito de imitar los buenos modelos que todos los días en entregas á medio real, á cuartillo y á copa se me entran por debajo de la puerta de mi casa, novelas que los contemporáneos aprecian mucho, y no sabemos á qué uso destinará la posteridad estupefacta.

De observaciones como esas están, en efecto, llenas ciertas novelitas, y si no fuera porque no tengo

tiempo, aquí habia de intercalar algunos ejemplos, que harian caer de espaldas al hombre más grave y regocijarian al más dado á todos los demonios.

Pero en el curso de la novela que escribo habrá lugar de hacer observaciones y reflexiones imitando el levantado estilo de los novelistas que escriben seis ú ocho novelas á la vez, y así se cuidan ellos de la propiedad del lenguaje y de la sintáxis como el que asó la manteca, que no sé si escribiria tambien alguna novela.

Otra vez llamó el alferez, que ya estaba deseando echar la puerta abajo.

Y lo hubiera hecho si en el mismo instante no hubiese oido pasos como de persona que se acercaba á la puerta.

Esquivóse para no ser visto, y dejó delante de la puerta al señor cura, haciendo seña de que callara.

La puerta se abrió, y el sacristan suspiró como tranquilizándose al ver al señor cura; pero al acercarse á la puerta el oficial, mudósele el color y dijo:

—¡Soy perdido!

Esta exclamacion no la oyó nadie, ni el cura, ni el alferez, pero se leia en su rostro claramente.

En un momento aquel hombre vió el tribunal, la cárcel, el verdugo, la muerte, y tembló y comprendió qué error tan grande era haber vivido con tanta fatiga, y qué dulcísima vida será la del hombre honrado y trabajador que de nada tiene que acusarse.

—No hay que asustarse, señor sacristan, dijo el alferez entrando en la casa ántes que el cura.

Este buen cristiano comprendió, con sólo ver el rostro del sacristan, que éste era criminal, y el cura amaba demasiado al prójimo para no sentir dolor inmenso al hallar á un hermano dejado de la mano de Dios, como lo debía estar el sacristan.

El señor cura entró y cerró la puerta.

—Dese V. preso, dijo el alférez.

—¿Yo?... ¿Por qué?... murmuró el sacristan.

—Por poca cosa, continuó el alférez; en Zaragoza se lo dirán á V. para que no lo ignore, que yo no tengo más que hacer que llevarle á V. bien asegurado, y registrar esta casa, donde algo hemos de encontrar.

—¿Es verdad que eres criminal? preguntó al reo el señor cura, fijando en él la severa penetrante mirada.

—Sí, ¡padre, dijo el sacristan cayendo de rodillas delante del cura.

—¿Lo ve V., padre? añadió el alférez.

Y se entró por las habitaciones registrando todos los rincones.

Diez ó doce minutos empleó el alférez en este registro, y volvió trayendo lo que habia encontrado.

Todo estaba empaquetado, alhajas y dinero.

En tanto, el cura oia lo que le decia en confesion el sacristan.

El alférez vió al cura inclinado hácia el criminal, y á éste humillado, contrito, confesando sus crímenes, y se apartó, esperando que terminase en paz su confesion, y sólo se acercó cuando vió que el cura absolvía al reo y le daba su bendicion.

—¿Es esto todo lo que tenia V?... preguntó el alférez al reo, señalando á lo que habia encontrado.

—Eso, sí, señor, dijo el sacristan, más sereno ya, más resignado; si hubiera V. venido media hora despues, ya no me hubiese encontrado, porque iba á huir, tenia el presentimiento de que se me buscara, y queria escapar, no por mí, sino por mi hijo.

—¿Tiene V. un hijo?...

—Sí, señor, un hijo que va á quedar solo en el mundo.

—Solo, no, dijo el señor cura.

Y en el mismo momento entró en la casa la tia Torda, que traia en brazos al hijo del ladron, y que no dejó de sorprenderse al ver al cura y al alférez, despues de haber visto los soldados en la calle.

—Aquí está mi hijo, exclamó el sacristan. Esperaba que me le trajera Vd., añadió dirigiéndose á la tia Torda, para huir con él, pero ya es tarde... Dios no lo ha consentido... A V. se le dejo, á V. y al señor cura.

—Pues ¿qué sucede? preguntó llena de inquietud la buena mujer, que desde la muerte de la sacristana servia noble y desinteresadamente de madre al pequenuelo.

—Perdóneme V., añadió el sacristan; la he engañado á V., como al señor cura, como á todos... Yo he sido un ladron, un asesino.

—¡Ladron! repitió la honrada mujer.

—Sí, el hijo del ladron y el asesino es el que dejo encomendado á la caridad de Vds... Yo voy á expiar mis crímenes, y Dios me perdone.

—Si te perdonará, dijo el cura solemnemente, porque en tu corazon ha entrado el arrepentimiento. Despues de tu confesion, si en mí estuviera tu suerte, libre te dejaria para que expiases con obras de piedad y con lágrimas y trabajos tus faltas; pero yo no soy la ley; á la ley te debes, y ella te tratará como has merecido. Y si has de morir y quieres tenerme á tu lado en la hora de la muerte, llámame, y allá iré, y yo te acompañaré, y te bendeciré, y cerraré tus ojos. Esto me ordena la ley de Dios, por grande pecador que hayas sido: los hombres, que pueden quitarte la vida en desagravio de la sociedad, á la que tanto has ofendido, no te pueden quitar los consuelos de la religion y el perdon de quien todo lo puede. Abraza á tu hijo, y entrégate humilde en brazos de la ley, que ha de quitarte la vida, pero te dará con la expiacion y el arrepentimiento el medio seguro de ganar la eterna. Llegarás allí purificado por el arrepentimiento y la expiacion.

Y el sacristan se arrodilló humilde delante de su hijo, y luego le abrazó y le besó una y mil veces, y abrazó á la tia Torda y al señor cura; y todos lloraban, y el alférez no tuvo más remedio que volver el rostro, y recoger en su mano dos lágrimas, que ya le caian sobre su poblado bigote.

—¡Voto á cien carros de demonios! exclamó irreverente el oficial, que de soldado me quedaria si con eso pudiera hacer que este hombre no hubiera sido criminal, y así Dios me salve como que siento que me hayan dado la comision de llevarle á Zaragoza.

—Es V. un hombre de bien, dijo el señor cura al alférez.

—¡Voto á brios! añadió el alférez, ¿por qué demonios ha sido V. ladrón?...

Eso mismo se preguntaría en aquel momento el bandido.

—Vamos, dijo éste, vamos pronto, si hemos de marchar.

—No hay otro remedio, observó el alférez con pena; mi consigna es llevar á V. atado codo con codo, y por nada de este mundo faltaria yo á mi consigna. Mi padre habia V. de ser, y atado codo con codo le llevaria.

—V. cumple su obligacion.

—No; ¡voto á cien mil legiones de endemoniados! con perdon de V., señor cura, que no es esa mi obligacion, sino la de un esbirro; pero quien manda, manda. Para V. es un honor que le lleven entre soldados, y no entre golillas.

—¿Y atado he de ir?...

—Atado entrará V. en Zaragoza, y atado irá V. por el camino, pero no tenga V. cuidado, que no apretarán la cuerda mis soldados. Ellos no saben hacer ese oficio. Porque, despues de todo, V. no se ha de escapar... porque, eso sí, al menor movimiento que hiciera para escaparse, le pegaria á V. un tiro, y en paz... Con llevarle á V. atravesado en un caballo, cumplo... Y acaso más le valiera á V., aunque, por mi parte, sentiria matar á un hombre que huye, que acostumbrado estoy á matar frente á frente, y de

ello es buena prueba esta cuchillada que tengo sobre el ojo...

—No tema V. que procure escaparme... Dios ha tocado en mi corazón, y dispuesto estoy á someterme á su voluntad... Mucho tiempo he olvidado á Dios, y todo el tiempo que me resta de vida me hace falta para obtener su misericordia, ya que no pueda lograr la de los hombres...

—¡Hombre! si los jueces pensaran como yo, tambien la habia V. de lograr, porque veo que está V. arrepentido, y aún habia V. de ser hombre de bien; pero la ley es la ley... y en fin, yo no entiendo de filosofía, ni... pero creo que... cuando un hombre, pongo por caso, es muy malo... y luego es muy bueno... en fin, yo no gobierno el mundo, y no he de meterme en dibujos. Ahora vuelvo, que voy á poner aquí centinelas de vista, y á ver si en el pueblo este se estila comer y hay algo que nos den...

—En mi casa, señor oficial, hay para V. y su gente, dijo el cura.

—Pues andando, que luego hemos de ponernos en camino.

Y despues de dejar en la casa del sacristan dos soldados, el alférez, el cura, el sacristan y la tia Torda se encaminaron á casa del segundo, habiendo solicitado el bandido no separarse un momento del sacerdote, miéntras estuviese en el pueblo, á cuyo favor no se atrevió á negarse el bravo militar.

En casa del cura se sirvió una frugal comida, de la que todos participaron, todos en silencio, y el mis-

mo alférez, hombre de humor alegre, y avezado á las escenas de la guerra, estaba en aquel momento bajo la influencia de la misma tristeza que presidia aquel triste banquete.

El cura servia con esmero y cariñosa solicitud al ladron, que era su hermano, y á quien amaba como ama Dios al pecador arrepentido.

Y este cariño del señor cura fortalecia y alentaba al sacristan. Juzgábase indigno de tanta consideracion, veia claramente su negra perfidia, su horrible ingratitude para con el señor cura, y éste, sin embargo, le consolaba, le servia humilde, y le hacia comprender toda la grandeza, toda la sublimidad de nuestra santa religion.

Si la sociedad hubiese podido perdonar al asesino y al ladron, éste hubiera sido un hombre honrado, un buen padre de familia; pero la sociedad tiene sus leyes, y es preciso que escarmienten en cabeza ajena los que por su mal tienen tendencias al crimen, y el escarmiento es mostrar al pueblo el castigo del criminal.

Desgraciadamente, la estadística prueba clarísimamente que no es el tremendo ejemplo tan eficaz como seria de desear.

Paréceme que seria más eficaz, para evitar crímenes, educar al pueblo, educarle con interes, con amor, no sólo por su bien, sino para bien de la sociedad entera. La instruccion pública, bien dirigida, es la única que puede disminuir cada vez más la estadística criminal.

Pero esta es una novela, y no otra cosa, y ya hará el lector esas y otras reflexiones sin necesidad de mi ayuda.

Con asombro vió la gente de la aldea partir al sacristan entre soldados, llevando á su lado al señor cura, que le acompañó gran trecho del camino, y al despedirse de él, le bendijo y le habló de esta manera:

—Hijo mio, si me necesitas, que sí me necesitarás, llámame, yo iré á tu lado, yo te consolaré, yo te daré la bendicion en nombre de Dios.

Y siguieron el alférez y los soldados con el preso, y cada vez sentia más el valiente oficial que aquel hombre fuera un ladron y asesino.

El sacristan iba tranquilo y resignado; aquel hombre indomable, altivo, feroz, habíalo tornado humilde y manso con una sola palabra el señor cura.

La palabra del señor cura era la palabra de Dios.

¡Perdon!

Poco tiempo estuvo cautivo el criminal arrepentido.

Confesó todos sus crímenes con la mayor minuciosidad, él mismo hizo su acusacion mejor que el fiscal de la causa, y se negó resueltamente á toda defensa.

Unicamente puso decidido empeño en atenuar, en disminuir la responsabilidad de sus compañeros.

El queria pagar por todos, y para ello hizo grandísimos esfuerzos, y atrajo sobre sí toda la indignacion popular, é inventó y atribuyó á sus compañeros actos de generosidad de que no eran capaces, á la verdad, aquellos bandidos.

Y de tal manera interesó aquel hombre á sus mismos jueces, que firmaron su sentencia de muerte porque la ley no podia tener en cuenta su arrepentimiento; pero todos temblaron, y más de uno al firmar dejó caer una lágrima sobre el siniestro papel de la sentencia.

El sacristan fué sentenciado á muerte con todos sus compañeros, y al leerle la sentencia no lloró por él, que esperaba y deseaba el castigo, sino por los demas, por sus compañeros, corazones empedernidos, almas abyectas, en las que no habia entrado todavía el arrepentimiento.

Ya que no podia salvar la vida material á sus compañeros, quiso salvar sus almas, y para esta buena obra nadie mejor que el señor cura. Llamóle, pues, y le encargó la conversion de aquellos bandoleros.

Y tal elocuencia tenia el bueno del señor cura en su sencillez y modestia, y tanto persuadia su palabra dulce y simpática y humilde, y tanta uncion habia en sus consejos, y tanto resplandecia en sus labios la verdad, que todos, todos aquellos desalmados fueron á la muerte arrepentidos y perdonados.